

ESTUDIOS BIOGRAFICOS.



EL TINTORETTO Y SU HIJA (1).

Jacopo Robusti, conocido generalmente por el Tintoretto, nació en Venecia en el año de 1512. En continuas relaciones esta capital, con la Grecia y el Oriente, y gobernada en aquella época por una aristocracia rica, ilustrada y poderosa, había cultivado siempre las artes con empeño, pero en cuanto á la pintura seguía la escuela del bajo imperio degenerada ya y amanerada. Tintoretto tuvo la felicidad de nacer al principio del siglo que fué el punto culminante de las artes en Italia, y cuando el Ticiano, jefe de

la escuela Veneciana encantaba á sus compatriotas con sus inmortales obras. Aunque de condicion humilde, pues era hijo de un tintorero, de cuya profesion se deriva el nombre que se ha hecho tan célebre, tuvo el Tintoretto que agradecer á la providencia dotes mas relevantes y mayores ventajas. La historia de toda su vida se reasume en dos apasionadas afecciones que bastaron por si solas para colmar su corazon entusiasta y su alma ardiente. Con igual delirio que al arte amaba á su hija Maria, y cuando esta llegó á una altura de celebridad que han respetado los pintores de todos tiempos, las dos afecciones del padre se unieron tan estrechamente que puede decirse que que-

(1) Este grabado es copia del cuadro de Leon Cogniet presentado en la esposicion de Paris en 1843.

23 de diciembre de 1843.

daron confundidas en una sola. Cuéntase de él, que siendo aun muy niño, pero mostrando ya sus felices disposiciones, le envió su padre á estudiar con Ticiano, y que este asombrado de tan poderosa vocacion, despidió al peligroso discípulo que amenazaba escender á su maestro; los amigos del jóven artista le conocian por *el furioso Tintoretto un fulmine di penello*, por que en efecto pintaba al primer golpe con una fecundidad increíble, y era tal el vigor de su pincel que jamás pudo dominar los asuntos de devocion en que convenia moderar los movimientos, ni dar á los personajes sagrados una modesta actitud, ó una apariencia piadosa. Sus apóstoles tenian la ardiente vivacidad, la fisonomia apasionada del pueblo Veneciano y así varios criticos célebres de su época, entre ellos Vasari y Pedro de Cortona, no pudieron menos de confesar que Tintoretto era el *genio mas terrible* de la pintura y que era imposible igualarle en el *furor pintoresco*.

Fácil es de concebir que dotado de tan frenética pasion por el arte, el Tintoretto no tenia mas ambicion que la gloria, ó como dice su biografia, satisfacer su vasto genio; para cuyo fin, y poseyendo ya á la perfeccion el profundo conocimiento de su arte, se vió en la necesidad de ofrecer sus trabajos exigiendo solo que le satisficiesen los gastos; pues tal era el número de hábiles pintores con que entonces contaba Venecia, que le hubiera sido casi imposible lograr su objeto de otro modo. La sola nomenclatura de sus cuadros sin detenerse á examinarlos seria sumamente larga; pero por desgracia no todos alcanzaron el mismo grado de perfeccion; su ejecucion rápida y aun fogosa, como la califican los italianos, presentó á Tintoretto un escollo que no supo evitar y acabó por no estudiar sus obras con el preciso detenimiento, perdiendo mucho en la estimacion de los inteligentes; de donde resulta una diferencia notable entre sus primeras producciones y las de la segunda época; por lo demas así como en Amberes es donde únicamente puede apreciarse á Rubens, así Tintoretto debe solo admirarse en Venecia donde todos los monumentos públicos están adornados con sus obras. Ademas de sus cuadros de composicion, es verdaderamente increíble el número de retratos que hizo, en el cual se cuenta el de Enrique III á quien pintó á su paso por Venecia y que quiso nombrarle caballero, honor que rehusó el pintor; tambien trabajó para el duque de Mantua y otros grandes personajes de su época. Nuestro Museo posee veinte y siete cuadros del célebre artista, entre los que merecen particular mencion el retrato de Sebastian Veniero, general veneciano, y otros en que el autor ha desplegado todo el vigor de su brillante colorido y que están perfectamente conservados; no sucede lo mismo con algunas alegorias y composiciones de cuyo mérito no se puede juzgar á primera vista, bien porque han perdido mucho color y estan ennegrecidos ó por ser demasiado pequeños para la altura á que se hallan colocados; ademas de que en nuestro sentir estos últimos trabajos no llegan al grado de perfeccion que se nota en los retratos.

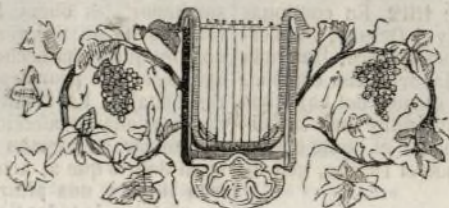
Al recorrer la vida de Tintoretto, no podemos prescindir de fijar nuestra atencion en su hija Maria, llamada en Venecia Marietta Tintorella, cuya muerte es el asunto de que tan buen partido ha sacado el autor del cuadro origi-

nal cuyo grabado acompaña á este artículo. Nació Marietta en el año de 1560 y era como hemos dicho el objeto de una de las dos únicas afecciones de su padre. Un alma ardiente, un corazon sencillo, y un gusto decidido por la pintura y la música, fueron las prendas que la caracterizaron de niña. No quiso su padre confiar á nadie el cuidado de tan querida educacion y él mismo le dió las primeras nociones de dibujo y pintura. Con tan excelente maestro hizo Maria extraordinarios progresos, creose un estilo elevado y grande, y parecia haber heredado la facilidad y habilidad de su padre. Medios eran sus estudios y talento para que hubiera podido distinguirse en la pintura histórica, pero juzgó este género demasiado severo y que no convenia á la gracia y modestia de su sexo, por lo cual se dedicó exclusivamente á los retratos. El de Marco dei Vescovi, que fué su primer ensayo, se reputó de obra maestra, y todos querian retratarse por la graciosa Tintorella, añadiendo los biógrafos que de tal modo aumentaba el gozo del padre con la reputacion de su hija, que tan orgulloso estaba con el retrato de Marco dei Vescovi, como de su creacion del *juicio final* y de todas las obras maestras que debian inmortalizar su nombre.

Jacobo Strada, anticuario del emperador Maximiliano, se hizo retratar por Maria; y tan contento quedó de la obra que la ofreció á Maximiliano como *una cosa rara*. Entonces el emperador mandó que la pidiesen á su padre, pues queria establecerla ventajosamente en su corte, y lo mismo hicieron Felipe II y el archiduque Fernando que deseaban tomar á su cargo la suerte de la Tintorella; pero el Tintoretto rehusó tan bellas proposiciones que le hacian amar aun mas á su hija, probándole que era digna de él y que aumentaba la gloria de su nombre, y ademas no queria cuando envejeciere, verse privado del único objeto que podia hacerle mas ligera la pesada carga de los años. La dió por esposa á un joyero de Venecia, con la espresa condicion de que ambos habian de vivir siempre con él; pero una muerte súbita la arrebató cuando apenas contaba treinta años á los brazos de su marido, que la lloró toda su vida y á los de su amante padre.

Este es el instante terrible en que Mr. Cogiet nos representa al Tintoretto, trasladando la última imagen de su hija querida tendida en el lecho de muerte. Parece que el gran pintor ha invertido toda la noche en aquella obra dolorosa; llenos están sus ojos de aquella imagen adorada que quiere hacer revivir en su lienzo, y concluido el trabajo dirige á su hija la última mirada con ojos secos y terribles, con semblante austero y sombrío; el resplandor de una lámpara oculta detras de las cortinas, ilumina esta lúgubre escena y aumenta la palidez glacial de la Tintorella. Nadie es capaz, de decir lo que pasa entonces en el corazon del Tintoretto; el padre ha perdido á su hija, el artista ha perdido su corazon y su genio.

Murió el Tintoretto en 1594 á la edad de 82 años. Dicese que tuvo otra hija, llamada Dominica, que se dedicó tambien á los retratos y otras obras, pero que en ambos géneros quedó muy inferior á su padre y hermana, por lo cual decia Ridolfi, contemporáneo del pintor y que publicó varias noticias sobre su vida, que mas fácil era ver renacer á los Apeles que á los Tintoretos.



CONJURACION

DE

Ayuntamiento de Madrid

dar sus designios. Lejos de rechazar esta proposición, el príncipe le colmó de elogios: preguntó a Isarello con qué medios contaba para la ejecución, y oyó con el mas vivo interés todas sus contestaciones. El lo despidió inmediatamente sin tomar determinación alguna hasta que se presentase una ocasión mas favorable. (1)

Alentado por la acogida del Dux, Isarello que estaba deseoso por otra parte de vengar su ofensa, resolvió lavar su afrenta con la sangre del que le insultó. Pero su proyecto no pudo quedar tan oculto, que Bárbaro lo dejase de sospechar. El patricio se ocultó en su palacio y escribió al Dux informándole de la muerte premeditada con que él había sido amenazado: «un atentado semejante, añadía él, sino se castiga, se daría un funesto ejemplo para la seguridad de toda la nobleza.» El Dux no podía cerrar los ojos a este suceso sin hacer traición. Citó pues al almirante a la sala de audiencia y aquí en presencia de los magistrados reunidos, reconvinó severamente a Isarello, añadiendo, que si tenía agravios contra alguno, debía haber recurrido a los medios ordinarios de justicia, abiertos para todos; concluyendo por obligarle a que se abstuviese de toda violencia culpable, que la república de Venecia no dejaría ciertamente impune. Isarello prometió obedecer, pero el Dux se apercibió de que no lo hacia con tal intención, y que su rencor era mayor que nunca. La siguiente noche hizo introducir a Isarello en su cuarto, y aquí solos los dos se justificó el Dux de la severidad que había usado en el tribunal. Inmediatamente recayó la conversación sobre el proyecto contra los nobles. Isarello desenvolvió su plan con mucha elocuencia. Se trataba de elegir diez y siete gefes que se apostasen en los diferentes cuarteles de la ciudad, seguidos cada uno de cuarenta hombres que ignorasen lo que habían de hacer, mientras no llegara el momento decisivo. (2) Fijado el día, debían tocarse las campanas de San Marcos, lo que no se podía hacer sin orden espreso del Dux. Con este inesperado ruido se verían acudir a la plaza los principales ciudadanos, deseosos de conocer la causa, ó suponiendo que esta señal anunciaba la aparición de una escuadra genovesa: el estado de hostilidad en que se estaba con la república de Génova, ofrecía un acontecimiento de esta clase, ó por lo menos muy probable. Reunidos que estuviesen en la plaza los gentiles hombres, los gefes de la sublevación debían cercarlos y hacerlos pedazos. Despues de haber espuesto este plan Isarello nombró las personas con quienes podía contar, la mayor parte de los cuales eran hombres que tenían grande influencia en el pueblo. Pronunció entre otros un nombre, que obligó al Dux a entrar en la conspiración, cuyo buen resultado presagió en el momento que Filippo Calendaro tomaba parte en ella. (3) Este Calendaro, a la vez arquitecto y escultor, tenía bajo sus órdenes todo un ejército de obreros ágiles y robustos. Además de las muchas obras que tenía emprendidas por cuenta de particulares, habiasido encargado por el gobierno de la construcción del nuevo palacio ducal, pues era un hombre de sobresaliente talento y gozaba una justa reputación. En efecto, ¡qué arrojo no se necesitaba para echar sobre un suelo ondulante como el de Venecia los fundamentos de un edificio tan vasto! ¡Qué inteligencia para levantar el coloso sobre elevadas columnas! Su lealtad le había hecho apreciable antes para con sus ciudadanos, su justicia

le grangeaba el cariño de los obreros, y el Dux tenía razón para contar con el apoyo de un auxiliar semejante. En fin, Isarello nada omitió para probar al Dux que el éxito de su plan era seguro y se manifestó dispuesto para dirigir bien toda esta revolución. La conferencia se prolongó hasta la mañana, y al separarse, el Dux é Isarello se juraron mutuamente *prudencia y fidelidad*.

Las siguientes noches se unieron con otros conjurados, y aunque su número iba en aumento todos los días, nada se traslució por fuera, ni nadie sospechó el objeto de sus reuniones. En una palabra cuando todo se hallaba dispuesto segun el proyecto de Isarello, se eligió para su ejecución la mañana del 15 de abril (1).

Antes de continuar el hilo de esta conjuración, es necesario advertir al lector una particularidad propia de los usos venecianos, muy importante en este caso.

Desde tiempo inmemorial, cada patricio tenía en Venecia uno ó dos plebeyos de los cuales se titulaba su protector. Estos se consagraban a él como suele decirse, en cuerpo y alma, y se gloriaban de ser llamados sus *creature amorevoli* (criaturas ó predilectos). Por ambos lados se prestaban mutuamente todos cuantos auxilios podían. Este era un cambio reciproco de buenos oficios entre el señor y sus *amorevoli*. La historia antigua nos dá ciertamente algunos ejemplos de estas ligas; pero que, mas estrechas en otra parte, están lejos de tener la novedad de la costumbre veneciana. Los amantes de la Grecia se componían de jóvenes de igual condición, y sus deberes no se extendían mas allá de su falange. Además esta clase de intimas relaciones no tardaron en degenerar y a notarse como una tacha vergonzosa en la historia. Rómulo en su constitución, quiso que cada patricio se hiciese *patrono* de un hombre del pueblo. Este legislador de una ciudad de bandidos, había admirablemente comprendido, que el patriciado dejaría de existir sino se tenía cuidado de establecer una especie de confederación ó liga defensiva entre él y el pueblo, que á título de cliente, estuviese obligado y sirviese de instrumento al poder del señor.

Bajo el régimen feudal, el débil creyó encontrar un apoyo, consagrándose voluntariamente en obsequio de aquel, á quien temía. Buscaba un refugio cerca de su tirano á fin de retardar todo cuanto fuese posible el instante de su ruina, y solo se creía seguro prestando su brazo y su persona á todos los crímenes ordenados por su protector. El interés encadenaba los instintos feroces de este, y el sentimiento de la propiedad le arrastraba á la conservación de los seres, en cuya posesión estaba.

De esta suerte, en todas partes, excepto en Venecia, los nombres de protector y de cliente no representaban otra idea que la del poder: por un lado el abuso, y por otro una afrentosa y degradante esclavitud, con exclusion de todo pensamiento noble y generoso. En Venecia por el contrario esta institución no estaba inscrita en ninguna ley: ella no encerraba idea alguna de supremacía, feudalismo ó vasallage. La humanidad, la beneficencia y un sentimiento bien entendido de interés comun, habían inspirado el pensamiento. Mucho antes que las gentes de guerra, en su entusiasmo caballeresco hubiesen creado entre sí lazos de amistad y de protección mutua, dándose por ello el título de compañeros de armas, los habitantes de Venecia habían organizado una fraternidad mas digna de la naturaleza y del estado social. Esta necesidad no se hizo sentir entre los venecianos en medio de los horrores de una batalla, de tal suerte, que los deberes impuestos entre sí,

(1) Antes de despedir al almirante, el Dux envió á buscar á Bertucci Faliero, su propio sobrino, que vivía con él en el palacio ducal y á Filippo Calendaro Marin, que gozaba de grande popularidad. Bertucci Isarello ingeniero y hombre muy diestro, se convino con estos y organizó el complot. El resultado de su conferencia fué hacer saber á otros ciudadanos que fuesen al palacio la noche siguiente. (Mar. San. . p. 631.)

(2) Ellos debían, dice Sanuto, fingir una disputa á fin de dar un motivo para tocar á rebato, á cuya señal debían dirigirse á la plaza, á donde los nobles acudirían indispensablemente para saber la causa de aquella turbación. (Ibid.)

(3) Hay evidentemente equivocación entre Filippo Calendaro y Bertucci Isarello.

(4) La noche del 16, durante la cual, dice Navagiero, (Ist. Venet. p. 4058), se debían abrir los calabozos privados donde se hallaban los genoveses y las prisiones públicas de los bandidos, y tocar inmediatamente á rebato mientras que se gritaría por las calles, que la escuadra genovesa estaba en el puerto. Despues, cuando los nobles llegasen á la plaza se les degollaría, se saquearían sus palacios, se forzarían á sus mugeres é hijas, se daría muerte á sus hijos, y se entregaría el gobierno supremo en manos del Dux Faliero.

no implicasen el sacrificio de la vida que reprobaban la razón y la justicia. Ellos contraían este vínculo, teniendo á un infante en la pila bautismal, cuyo acto les daba el título de *compare di San Zuane* (compadre de San Juan). Este padre espiritual era objeto de un respeto absolutamente religioso, y las obligaciones contraídas constituían una ley tal, que no se negaban á ningún género de sacrificio, cuando se trataba del *compare de San Zuane*. Se po-

drá afirmar, sin temor de ser desmentido, que no hubo jamás ejemplo alguno en Venecia, de que un individuo hubiese hecho traición á esta alianza. Débese pues admirar una institución, que además de otros buenos resultados que ella podía producir, establecía una especie de unión religiosa, enlazando la plebe y la nobleza; y dando de este modo á la república una nueva prenda de concordia y de unidad. Lo que sucedió en la conjuración de Faliero lo



probará suficientemente; y á esta costumbre debió Venecia en aquellas circunstancias, no ver las aguas de sus lagunas teñidas con la sangre de sus hijos y derribado para siempre el gobierno que hacía su gloria.

Conviene pues, saber, que uno de los gefes de los conjurados era *compare* de un patricio llamado Niccolo Lioni. El hombre del pueblo, *Bertrando Bergamaso* (1), querien-

do librar á su protector de la muerte, que se reservaba á todos los nobles, fué á su casa la tarde del 14 de abril,

pero no consiguiendo de él medidas eficaces, lo comunicó al consejo de los Diez. Estos convocaron á las principales autoridades, hicieron arrestar los gefes del complot y les arrancaron por medio del tormento la confesion de la complicidad del Dux, el cual arrestado á su vez y puesto en tortura, confesó la traicion que á mayor abundamiento estaba justificada en un documento que llevaba consigo. (p. 1641). Marin Sanuto le apellida *Beltrano Bergamasco* y dice sencillamente que esto era una costumbre en la casa de Niccolo Lioni de *San Stefano* (p. 631.)

(1) Un cierto *Beltrame*, dice, Navagiero (ist. venez.) comerciante en otro tiempo de papel y á la sazón muy rico, el cual siendo amigo íntimo de Niccolo Lioni, le contó todo lo que sabía acerca del complot, sin decirle lo que tenía relacion con el Dux cuya part ci-

manifestándole tener que comunicarle un asunto de la mayor importancia. Después de haberle hecho jurar el secreto, Bertrando le suplicó encarecidamente no abandonase su casa al día siguiente, previniéndole que corría graves peligros, si pasaba del umbral de la puerta. Admirado Lioni de una confianza semejante, le preguntó, cual era la causa de esta precaución. Bergamaso no quiso por mucho tiempo decirselo; pero por último estrechado sobre manera, y viendo que su protector estaba determinado á no seguir su consejo, si le ocultaba la causa, cedió por el afecto que tenía á Lioni y le reveló todo el complot. Niccolò se lo agradeció mucho, y continuó preguntándole sobre todos los extremos, á fin de enterarse mejor de tan grave asunto. Cuando ya satisfizo á todas sus preguntas, Bergamaso quiso retirarse, pero Lioni no se lo permitió, y ordenó á sus domésticos lo custodiasen con la mayor vigilancia. Entonces se echó á pensar entre sí, para buscar un remedio, que evitase el espantoso desastre que iba á hundir á su patria. En la imposibilidad de dirigirse al Dux, por estar á la cabeza de la conspiración, no encontró otro medio mejor que esplicarse con uno de los principales senadores, Giovanni Gradenigo, cuyo patriotismo y sagacidad conocía mucho tiempo hacia. Dirigióse después en compañía de este al palacio del venerable magistrado Marco Corner. De aquí volvieron los tres juntos á casa de Lioni para saber del detenido nuevas noticias. Formóse proceso verbal de todas las contestaciones de Bergamaso, y cuando supieron los nombres de los principales conjurados, se trasladaron al convento de San Salvador y desde aquí enviaron á buscar á los procuradores del comun, á los consejeros, á todos los miembros del consejo de los Diez, y á las principales autoridades, con el objeto de deliberar en aquel punto sobre las medidas que debían tomarse para salir de un peligro tan inminente. (1) Poco tiempo después se hallaban reunidos todos los citados, y se decidió por unanimidad, que el proceso pasase al consejo de los Diez, al cual se unieron veinte nobles elegidos entre los mas ricos senadores, á vista de la delicadeza y premura del negocio. Pasáronse inmediatamente órdenes á diferentes cuerpos de esbirros para arrestar á los cómplices en su respectivo domicilio.

Dispuestas así las cosas, se separó la nobleza y abandonó el claustro de San Salvador para dirigirse al palacio ducal cuyas avenidas se ocuparon, prohibiendo bajo las mas severas penas tocar las campanas de San Marcos. Así como se iban arrestando los conjurados, enviaban por todas partes mensajeros, reclamando en nombre del gobernador la asistencia de los ciudadanos y de los nobles de mas confianza, previniéndoles fuesen armados de pies á cabeza, al palacio, á fin de defender la causa pública, que se hallaba en el mayor peligro.

Se empleó la mayor parte de la noche en la ejecución de estas disposiciones y no pudo llevarse á cabo, sin que los conjurados dejasen de advertir alguna alarma. Muchos de ellos, instruidos de lo que pasaba eludieron el arresto, de tal suerte que solo se pudo conseguir el de diez seis. Entre estos se encontraban Isarello y el arquitecto Calendaro, á quien no aprovecharon sus méritos ni talentos. La república quería mejor perder un grande artista, que dejar impune un crimen de alta traición. Estos dos, apenas llegaron al palacio, fueron puestos en tortura y colgados, luego que confesaron su crimen, delante de aquel mismo balcón desde donde el Dux hacia poco que habia asistido á las fiestas del jueves de carnaval. Prevenidos los otros negaron, pero ocho ó nueve á quienes el gobernador habia hecho prender y volver á Venecia, sufrieron la misma suerte que el almirante y el ilustre artista.

Faltaba todavía proceder al juicio del gefe de la cons-

piración. Todas las declaraciones estaban contra él: constaba á la verdad que la conjuración, no habia sido imaginada por él, pero no podia negar que habia sido dirigida con su consentimiento y anuencia: el crimen, pues, estaba patente: solo restaba tomar una determinación acerca de su autor. Si su dignidad exigía el mayor respeto, su crimen lo excluía de toda consideración. Después de un largo y detenido examen, se decidió, que aunque el Dux fuese el gefe del estado, solo era en realidad el primer ciudadano de la república, y como tal, sujeto á todo el rigor de las leyes que él mismo habia infringido, haciéndose reo de alta traición contra su patria. Sin embargo, exigía un juicio de esta clase no menos prudencia que ciertas formalidades (1). Quiso después examinar el asunto con tal madurez, que la posteridad no tuvo que reprender ni jamás imaginó calificarlos de rigurosos ó parciales. La discusión duró todo el día 15 de abril. Por la noche fué conducido el preso custodiado hasta entonces con centinelas de vista en su mismo palacio. Faliero compareció ante sus jueces, con su toga ducal, y respondió al interrogatorio con firmeza. Pero abrumado por el número de los cargos, confundido por pruebas tan terminantes, no pudo por mucho tiempo permanecer negativo. Confesó pues su crimen y fué recluido en uno de sus aposentos, suspendiendo la discusión para el día siguiente.

La mañana del 16 se falló la causa: todos votaron la muerte. La nobleza habia recompensado los servicios de Faliero colmándole de honores y haciéndole por último gefe del estado: Faliero reo de alta traición dejaba de ser para ellos el hombre de la patria: solo era un criminal que debia morir.

El 17 por la madrugada se cerraron las puertas de palacio. El consejo de los Diez entró en el cuarto del Dux é hizo despojar á Faliero de todas las insignias del poder. Inmediatamente se le condujo á un balcón público de palacio en donde el verdugo le cortó la cabeza, que fué á bañar de sangre aquella escalera, que tantas veces habia visto pasar triunfantes á los gefes de la república. (2)

Después de la ejecución, uno de los miembros del consejo de los Diez se presentó en una de las ventanas de palacio, que caen á la plaza de San Marcos, y desde aquí, enseñando al pueblo la espada que acababa decortar una vida, pronunció en alta voz estas palabras:

«Estatà fatta giustizia al traditor della patria. (3)

Abriéronse luego las puertas de palacio, y se concedió permiso al pueblo para contemplar el cadáver del Dux que estaba todavía en el lugar del suplicio. Por la tarde fueron colocados los restos mortales en una góndola, que los condujo secretamente al sepulcro (4) donde se puso este distico por epitafio:

«Dux venetum jacet hic, patriam qui perdere tentans,
Sceptra, deus, censum, perdidit atque caput (5)»

En la sala de la biblioteca pública, donde están colgados los retratos de todos los Dux, se encuentra en el sitio del de Faliero un cuadro cubierto con una gasa negra sobre la cual se lee:

Hic est locus Marini Falieri decapitati pro criminibus (6).

(1) Al consejo de los Diez se agregaron, como se ha dicho, para este asunto 20 de los principales personajes de la ciudad que debían asistir al consejo, pero sin voto. El tribunal que decretó el arresto del Dux se componía, pues, de todos los miembros del consejo de los Diez, de los procuradores del comun, de los del consejo, y de los 20 sujetos escogidos por el de los Diez. (Mar. San. p. 634.)

(2) En lo alto de la escalera de marmol en donde los Dux prestan juramento cuando por primera vez entran en el palacio. (ibid.)

(3) Se ha hecho justicia al traidor de la patria! Sin embargo, Sanuto refiere de diferente modo esta frase, concebida así, según él: *Estatà la gran giustizia del traditore*. Se ha hecho la gran justicia. (ibid.)

(4) A San Giovanni é Paolo.

(5) Aquí yace el gefe de los venecianos, que pretendiendo perder su patria, perdió su cetro, su honor, su fortuna y su cabeza.

(6) Este es el lugar de Marino Faliero decapitado por sus crímenes.

(1) Preguntáronle nuevamente á Beltramo, pues hicieron llamar á los gefes de los del tribunal de los Cuarenta, á los señores de la Noche, gefes de cuartel y á los cinco de Paz. (Mar. San. p. 633.)

Así es como la prudencia de los gobernantes hizo abortar una conspiración antes que la ciudad tuviese noticia de ella. Los venecianos sin embargo, atribuyendo este feliz éxito á la intervención de la divina providencia, dispusieron para perpetuar la memoria de este prodigio, que todos los años, el día de San Isidro, además de las ceremonias religiosas de costumbre, se hiciese una procesion solemne compuesta de todas las cofradías, en la que interviniesen los comendadores del Dux, llevando cada uno un cirio vuel-

to al revés para simbolizar de esta suerte los funerales del Dux Marino Faliero.

Esto era á la vez una lección para el Dux reinante, y un importante aviso para todos los ciudadanos. Al primero se le decía: «Tú no eres dueño de Venecia, puesto que Venecia puede disponer de tu vida» y á los otros: «Resistid al deseo de la venganza, que condujo á su perdición al mismo jefe de la república serenísima.»

URBINO DA MANTOVA.

GLORIAS DE ESPAÑA.

RUI LOPEZ DE AVALOS.

I.

Benavente, la antiquísima villa del reino de Leon, se hallaba estrechamente sitiada en el año de 1383 por un ejército de ingleses á las órdenes del duque de Alencastre. Titulábase el duque, rey de Castilla, fundando su derecho á la corona en su matrimonio con doña Constanza, hija de don Pedro el Cruel y de doña María de Padilla, y entonces se le presentaba muy buena ocasión para hacer valer con las armas sus pretendidos derechos. Don Juan I de Castilla, monarca ascendido al trono con la aprobación y gozo universal de las provincias, fatigadas de las desastrosas guerras civiles de su padre y de su tío, había socorrido por mar y por tierra á la Francia, con quien estaba en buena inteligencia, contra los ingleses que tenían invadida una parte de aquel reino. Esta era mas que suficiente razón política, para que los ingleses en desquite tratasen de inquietar al rey de Castilla, renovando las pretensiones hereditarias del duque de Alencastre á su corona. Convidábanle por otra parte los portugueses con su apoyo, temerosos siempre de don Juan I, que con derechos mejor fundados, había estado á punto de apoderarse de su reino.

Desembarcaron los ingleses en Lisboa é invadiendo prontamente las fronteras de España, se apoderaron de alguna parte de Galicia y estendieron sus conquistas por el reino de Leon. Las sobrecogidas é indefensas poblaciones españolas que eran incapaces de resistir á un ejército tan poderoso, se rendían sin resistencia; pero otras en que podían reunirse algunos hombres de armas, hacían mas ó menos desesperada resistencia. Tal fué la que hicieron los vecinos de Valderas, villa del reino de Leon á las márgenes del río Cea, los que despues de haber agotado todos los medios de defensa, salieron de la villa con sus mugeres, hijos y todo lo mejor que tenían, dejando la población abandonada á las llamas, para que los enemigos no pudiesen aprovecharse de ella.

En tal situación y cuando mayores males amenazaban al reino, llegó un día á las puertas de Benavente una comitiva de caballeros ingleses, lujosa pero militarmente vestidos, que poniendo á la vista lo que estaba sucediendo en otras partes y convidando con la paz, anunciaron la llegada del duque de Alencastre, como rey de Castilla, requiriendo que se le franqueasen las puertas de la plaza.

Era Benavente en aquella época una población de mas que mediana importancia, para que el rey don Juan I hubiese descuidado encomendar el cargo de ella á una persona de cuya fidelidad y valor no estubiese altamente satisfecho. Don RUI LOPEZ DE AVALOS, varón por mas de un título memorable en la historia de nuestra patria, fué el que mereció la confianza de su soberano y el que en el es-

trecho recinto de aquellas murallas, manifestó tanto heroísmo y grandeza de alma como otros héroes cuyos nombres eterniza la fama. A pesar de que no se le ocultaba la temeridad de una decidida resistencia, dió esta enérgica respuesta á los enviados:

—No conocemos mas rey en Castilla, que á nuestro legítimo soberano el señor don Juan I. Por guardar el pleito homenaje que le hicimos, estamos todos dispuestos á perder las vidas contra los traidores que otro extraño apellidaren.

Dichas estas palabras, mandó cerrar las puertas de la plaza y se preparó á sostener el riguroso asedio que los enemigos, irritados con esta réplica, no tardaron en poner sobre Benavente.

II.

No todos los habitantes de la sitiada ciudad participaban del heroísmo del gobernador, porque no todos son almas privilegiadas á quienes el cielo concede el don de fortaleza en los momentos del infortunio. Al recorrer Rui Lopez de Avalos los puestos militares y los parages donde se reunía la multitud, pudo convencerse por sí mismo de que el desaliento iba cundiendo entre los suyos y de que sus palabras destinadas á infundir ánimo y consuelo, eran acogidas con sordos murmullos. No podía el pueblo ver con indiferencia los preparativos del último y sangriento asalto con que estaba amenazado, sabiendo por otra parte que ninguna esperanza tenía de socorro, puesto que las palabras del gobernador eran mentidas promesas que hacía para disminuir el peligro de la situación; pero que todos conocían le era imposible realizar.

Por otra parte, el ejército enemigo era incomparablemente superior á la escasa guarnición de los sitiados, que habiendo de acudir á varios puntos acometidos á la vez, agotaron bien pronto las fuerzas y los medios de defensa. Hasta los mas decididos empezaron á desconfiar y los mas constantes titubeaban, al ver á sus parientes y amigos desfallecer víctimas del hambre y de la fatiga. El vulgo no acostumbrado á las fatigas de la guerra y exasperado por el hambre, fué el primero á clamar en alta voz haciendo que llegasen sus quejas á oídos del gobernador.

Conoció este varón insigne que eran llegados los momentos de prueba, en que á los muchos peligros que le rodeaban, se añadiría el tener que luchar con la rebelión de sus mismos conciudadanos; pero resuelto á oponer á sus quejas y á su furor el fuerte muro de su constancia, no dudó un momento en presentarse á ellos.

En vano trata de persuadir y animar á la plebe, de alucinarla con la esperanza de un pronto socorro; su voz no es escuchada, y los gritos sediciosos con que contestan á sus razones no le dejan duda ninguna de cual es la verdadera idea de los habitantes.

—¿Es posible, les dice, tengais designio de rendiros al enemigo?

—No hay otro recurso, clama uno de los mas audaces. Toda esperanza de socorro es inútil y si al fin hemos de sucumbir, vale mas ahora poner término á nuestra intolérable situacion, que no dar lugar á que el enemigo, exasperado por nuestra resistencia, nos pase á todos á cuchillo.

—Si, si, contesta la muchedumbre. ¡Capitulacion! ¡capitulacion! ¡Es preciso entregar las llaves de la plaza!

—Las llaves, contesta el gobernador indignado, solo las podreis obtener pasando sobre mi cadáver... Herid, ¿qué os detiene? Yo no he de sobrevivir á la mengua y oprobio de mi patria.

Pronunció estas palabras Rui Lopez con tal acento de resolucion y habia en toda su persona tal aire de magestad y grandeza, que la turba indecisa no supo que contestarle. Aprovechándose él de esta sensacion, continuó con mas serenidad.

—Cuando he venido de gobernador á esta villa, habeis jurado obedecerme: ¿no es cierto?... Pues bien, ahora mismo estais faltando á vuestro juramento. Tambien yo he jurado, al conferirme el rey don Juan el gobierno de esta plaza. ¿Queréis saber lo que yo he jurado?... He jurado morir antes que rendirla. Pronto sabreis como sé yo cumplir mis juramentos.

III.

Hallabase el duque de Alencastre recogido en su tienda y conferenciando amigablemente con los principales adalides y caballeros de su ejército, cuando entraron á participarle la llegada de un mensajero de la sitiada ciudad. Mandó que inmediatamente le trajesen á su presencia y apenas el heraldo se vió ante el duque y los distinguidos caballeros que le rodeaban, cuando con notable desembarazo y varonil acento pronunció estas palabras.

—Don Rui Lopez de Avalos, Conde de Rivadeo, Adelantado mayor de Murcia y Gobernador de la plaza de Benavente, desafía á combate á muerte á vos el duque de Alencastre, ó á cualquiera de los esforzados caballeros del ejército, que anhele cruzar la espada con él en combate personal, bajo estas dos únicas condiciones:

Que si vuestro campeon venciere, se os abrirán al instante las puertas de la villa.

Que si mis señores saliese triunfante, os retirareis al punto con vuestro ejército lejos de nuestras murallas.

Resentido el orgullo del duque con tan extraño como inesperado mensaje, no calculó que la rendicion de Benavente era cierta de todos modos con un poco mas de espera, y su primer movimiento fué aceptar personalmente el desafio. Las enérgicas representaciones y las ofertas de sus capitanes, que ansiaban tomar parte en el peligro, le hicieron al fin desistir de aquel empeño, á que le incitaban su valor y altanería. Todos los gefes se ofrecían en vez del duque, á castigar la audacia del gobernador enemigo, en términos que por no desairar á ninguno de aquellos altivos paladines, mandó el duque que se escribiesen sus nombres en unas cédulas, y que echándolas en un casco, un paguecillo despues de revolverlas, sacase á la suerte una de aquellas cédulas, empeñándose en que su nombre tambien fuese inscrito, ya que su primera intencion habiasido aceptar el desafio. Tocó la suerte á uno de los mas valientes capitanes, que se contempló dichoso en esponer su vida y combatir por su príncipe.

—Referid á vuestro amo lo que habeis visto, dijo el duque á el heraldo, y hacedle saber, que me conformo con las condiciones del desafio, y que mañana mismo al amanecer, se presente á combatir á pie con uno de mis caballeros, en el puente situado á igual distancia del campamento y de la ciudad.

IV.

Dos destacamentos de caballería, saliendo á un mismo tiempo, uno del campamento y otro de la poblacion, lle-

garon á las cabeceras opuestas del puente, donde se detubieron. Venia en el uno el caballero inglés con sus favorecedores; y en el otro el caballero español con sus padrinos. Cada cuadrilla venia bien provista de armas y caballos, y en el centro de cada una tremolaba una bandera con los blasones de los dos combatientes, ó por mejor decir, de las dos naciones desafiadas. El sol asomando por el horizonte venia á iluminar aquella escena, mientras que los habitantes de la ciudad acudían á contemplarla desde lo alto de sus murallas. Divisaban desde ellas las tiendas y banderolas del ejército contrario y formados en la llanura sus numerosos batallones cual si estuviesen preparados para el asalto, viéndose brillar tambien los cascos, corazas y lanzas de los ginetes que se trasladaban de un punto á otro. En este momento el sonido belicoso de las trompetas, hizo dirigir las miradas de todos, así de los de la ciudad como los del campamento, hácia el sitio del combate.

Como el sitio en que se verificaba la lid obligaba á pelear á pie, los dos campeones adelantándose á sus respectivas cuadrillas, se apearon de sus caballos, y fueron á colocarse uno en frente de otro en medio del puente. Todas las miradas de amigos y enemigos fijábanse entonces en el animoso don Rui Lopez de Avalos: comprendiase entonces aquel prodigio de patriotismo y aquella abnegacion de si propio que le hacia arrostrar la muerte por la salvacion de la villa, y los mismos que poco antes le habian faltado al respeto, no podian entonces mirarle sin respetuosa admiracion.

Los dos guerreros, partiendo uno contra otro, así que se dió la señal, se atacaron con igual furor. La edad, las fuerzas y el valor parecían iguales en ambos; así es que por destreza, por fuerza que uno y otro manifestaban, no se advertia entre ellos la menor desventaja. Al principio, mas que á herir atendían á defenderse de los golpes, y así pasaron un rato sin que los espectadores pudiesen decidir cual de los dos campeones llevaba lo mejor de la lid, mientras que ellos admirados de hallar tanta resistencia en su contrario, redoblaban la violencia y la rapidez de los golpes que se oían sonar desde muy lejos. Rui Lopez dividió de un tajo el escudo de el caballero inglés, que empuñando su espada á dos manos, vino á caer con inaudita furia sobre el campeon español. Cubierto este con su escudo pudo evitar gran parte del golpe; aunque cediendo un poco de tierra, pero el inglés perdiendo el equilibrio, dió en tierra con tal ruido de sus armas que se oyó desde lo alto de las murallas de Benavente. Signióse á tal estruendo un silencio de algunos minutos, durante los cuales la posicion de los combatientes les ocultaba á las miradas de los espectadores, hasta que pasado aquel tiempo, se distinguió á don Rui Lopez de Avalos, que levantando en alto, asida por los cabellos, la cabeza de su enemigo, la arrojó lejos de sí, yendo á hundirse en el rio y dejando teñida en sangre la superficie de las aguas.

Un grito universal de consternacion salió entonces del campamento inglés, mientras que en las murallas de Benavente resonaban los aplausos y las acciones de gracias en que prorumpían los habitantes por la salvacion de la plaza. Era tal la fé en el pundonor caballeresco y en la religiosidad de los tratados en aquella época, que no se dudó un momento de que los enemigos cumplirían las condiciones del combate.

Así sucedió en efecto: los enemigos levantaron precipitadamente el sitio y á el otro dia ya estaban lejos de Benavente. Rui Lopez de Avalos, cuyo valor habia salvado la ciudad, se hallaba rodeado del aprecio y admiracion de sus compatriotas. Cambió el titulo de gobernador por el de condestable de Castilla, y las armas y bandera del inglés fueron depositadas como un trofeo en su capilla de San Esteban de Toledo.

F. F. VILLABRILLE.

RUI LOPEZ DE AVALOS.



ESTUDIOS RECREATIVOS.

EL ARABE BEN-ABDALAJA
Y EL LEON DE MEDINA.

En una de mis frecuentes escursiones á Andalucía y de regreso á la corte, la casualidad, que las mas de las veces es émula del destino, me deparó por compañero de viaje á un francés, en quien pronto reconocí la misma mania de que yo adolezco, á saber, la de viajar mucho por mera cu-

TOMO III.

riosidad y llevar siempre conmigo un libro de memorias para anotar en él todo lo que de particular observe en mis viajes; las historias, cuentos y tradiciones mas ó menos curiosas que puedo recoger, ora de las personas que viajan conmigo, ora de los pueblos, villas y lugares por donde transito. Pero antes de seguir adelante conviene á mi propósito decir, que el tal libro de memorias, no es una cartera como suelen serlo los que llevan ese nombre, sino un volumen en octavo prolongado de 500 á 600 páginas, que en un principio pudo llamarse album, pero que hoy, si para denominarlo hubiésemos de atenernos al color de sus hojas, debería decirse negro, porque apenas le queda una

36

que no lo sea. Es, pues, el caso que, habiéndonos conocido recíprocamente nuestro flaco el francés y yo, acordamos que en la primera posada donde hiciéramos noche, nos prestaríamos uno á otro nuestros libros para leer *solamente* las anécdotas y curiosidades que cada cual contuviese. Cumplimos religiosamente nuestra palabra, aunque no la condicion de que habíamos de darnos por satisfechos con leer solamente, puesto que aun no habia transcurrido un año desde esta aventura, y ya aparecian impresos en los folletines de los periódicos de París algunos de los artículos de mi coleccion. Confieso francamente que, sibien no le fui en zaga al francés respecto á infringir la condicion que nos habíamos impuesto, al copiar algunas páginas de su libro no me propuse otro objeto que el de conservar en parte mas segura que mi memoria, los artículos que mas interesantes me habian parecido. Pero hoy que mi compañero de viaje me dá el ejemplo, me creo relevado de mi palabra y absuelto de toda culpa, dando á mi vez publicidad á uno de los artículos de su coleccion que al folio 424 vuelto, de la mia, aparece en los términos que al pie de la letra copio y dice así:

En el vapor Coriano y allá por los años de 183... hice un viaje desde Cádiz á Sevilla; el cual ha sido uno de los mas placenteros de mi vida, no solo porque era la primera vez que veia los risueños y variados paisajes que como las vistas de un panorama presentan sin cesar á los ojos del viajero, las deliciosas riberas que riega y fecundiza el Guadalquivir, si no por que quise mi buena estrella que entre mis compañeros de viaje viniera un árabe con quien pronto trabé conversacion y hasta amistad, porque ademas de saber hablar el idioma de mi pais, era de carácter tan franco y abierto que convidaba desde luego con una y otra cosa al hombre mas taciturno y misántropo del mundo. Aunque de edad algo avanzada, su fisonomia era agradable y simpática, y sus ojos negros y animados de un hermoso brillo revelaban una imaginacion verdaderamente oriental y un alma que todavia no era insensible á las pasiones de su juventud. Llamábase Ben-Abdalaja y era natural de Medina capital de la Arabia desierta, célebre entre otras cosas, por la suntuosa y venerada mezquita fundada por Mahoma. Motivos ajenos de estelugar le obligaron á abandonar su patria desde muy jóven, y trasladarse primero á Francia y despues á España, donde á la sazón residia dedicado al comercio de dátiles, esencias de rosa y babuchas. Muchas fueron las particularidades que de su pais me refirió, pero la que mas llamó mi atencion fué la siguiente historia, contada con tal riqueza de language y con tal amenidad y donosura de estilo, que contrastaban sobremanera con la pobreza de su equipage, reducido al vestido que llevaba puesto, y con la frugalidad de sus vituallas que consistian solamente en un saquito de alcuzcúz. Hé aqui la historia del leon de Medina tal como me fué referida por el árabe Ben-Abdalaja.

•Sabido es que los rasgos de generosidad y los ejemplos de humanidad no son raros en los leones. Historias de todas clases prueban que estos animales son las mejores gentes del mundo... cuando por casualidad no le devoraban á vd. Daniel saliendo sano y salvo de la cueva de los leones; aquel leon hambriento que devolvió á los gritos de una madre el hijo que tenia ya en su boca; aquel otro que, cual docil perro, se puso á lamer los pies del gladiador que en un tiempo le habia sacado una espina clavada en una de sus garras &c. &c., anécdotas son todas estas que hacen el mayor honor á la inteligencia y á la grandeza de alma de los leones, lo que no impide que sea preciso evitar todo lo posible el encontrarse con ellos cuando no se han desayunado. Por lo demas, sin hablar de esos leones *clásicos*, es un hecho incontestable, por mas inverosímil que parezca á los que no han visto mas que leones que rugen encerrados en jaulas de hierro, es un hecho incontestable, repito, que son muy susceptibles de educacion y civilizacion, y que hasta en ciertos paises se reduce bas-

tante fácilmente al rey de los animales al estado de domesticidad.

—En efecto, le repliqué yo, la historia dice que Marco Antonio se presentó al pueblo romano en un carro tirado por dos leones.

—No es necesario acudir á épocas tan remotas, me contestó Ben-Abdalaja, los viajeros refieren que algunos ricos ingleses de la India, tienen leones para guardar sus casas de campo, y que en las tiendas de Surinam ó de Calcutta, es muy comun salir un leon á abrir á vd. la puerta ó que ronca allí como un enorme gato, mientras se prueba vd. un par de guantes ó elige las telas. Parece sin embargo que esto será algo incómodo y hará que los compradores se entretengan menos tiempo en regatear: el comercio se aprovecha de todo y se queja siempre. Cuéntase en fin que un leon educado desde su infancia con una jóven, llegó á ser su criado, su amigo, su guardia de corps, de tal modo que una noche... Pero esto es todo una historia que voy á referir á vd.

El amor, no hace mucho tiempo todavia, era el encanto, el tormento y el señor del mundo, y esto bien equivalia á los señores, á los encantos y á los tormentos de hoy. Pero si los paises mas civilizados, que no son los menos bárbaros bajo ciertos aspectos, se han emancipado del amor para caer bajo el yugo de la industria y de las especulaciones, egerce todavia todo su imperio sobre algunas naciones atrasadas ó privilegiadas, como se quiera, y principalmente en mi patria, que tiene siempre de cuarenta á cuarenta y cinco grados de calor, y que carece de gobierno representativo. Hace poco tiempo existia en Medina un mercader de piedras preciosas, viejo y llamado Sha-Bahan, que se habia enriquecido todo lo honradamente que se puede haciendo el comercio. Su coleccion de rubies, esmeraldas y topacios, no tenia rival en todo el Oriente, pero hubiera dado topacios, esmeraldas y rubies, (y este hubiera sido el mejor negocio que hubiese hecho en su vida) por una dulce mirada ó una tierna palabra de la jóven Aruya, aquel diamante de hermosura. Esta encantadora niña, en la edad apenas de catorce años, habia visto morir á su padre y á su madre; no tenia ni tíos, ni primos, y Sha-Bahan, ligado antiguamente por razon de intereses con su familia, la recogió en su casa y le sirvió de tutor. Ella no poseia por todo tesoro mas que sus gracias naturales; ¡cuántas princesas y reinas son menos ricas! y por toda felicidad mas que un solo amigo. ¡Pocos reyes son tan felices! Pero este amigo era un leon, lo que tal vez es mucho mas raro. Un dia, cuando tenia seis años, paseando con su padre muy lejos por la campiña, vió á una pobre leona herida mortalmente por los cazadores y su cachorro que gemia al lado de su teta agotada y seca y que se moria de hambre, no teniendo ya que mamar. Aruya se hizo apear de su dromedario y llevó un cuenco de leche de camella al desgraciado recién nacido. La madre le dijo muchas cosas on sus ojos moribundos que cerró inmediatamente para siempre, y la jóven cargó con el cachorro que no cesó de acariciarla hasta las puertas de Medina. Allí creció con ella y no se separó jamás de su lado; no comia mas que de su mano, dormia á sus pies y la acompañaba al baño ú á la mezquita. Iba á buscarle flores y le recogia su pañuelo bordado de oro ó su abanico de plumas, y llevaba por las calles todo lo que acababa de comprar. Si algun desconocido se acercaba demasiado á su ama, erizaba su crin y el desconocido pasaba apresuradamente. Si sus padres la regañaban, retirábase mohino á un rincón; si ella cantaba, danzaba él; cuando ella estaba enferma, no comia ni dormia; cuando por las tardes subia ella á la azotea, la precedia él quitando las chinas y el polvo de su camino; mullia los cogines de seda en que ella habia de sentarse, y reposando su gran cabeza sobre las rodillas de la jóven que le acariciaba con la mano, se olvidaba contemplándola, de saludar con sus aclamaciones al hermoso astro del dia que iba á apagar su luz en los mares del

Occidente. En fin, parecía no vivir sino por ella y para ella. Tan profunda y duradera es la gratitud... en los leones.

Cuando Sha-Bahan abrió á la jóven huérfana su casa hospitalaria, fué preciso que Musul (así se llamaba su amigo del desierto) la siguiese y entrase con ella. El mercader opuso algunas dificultades para recibir á semejante



huésped, pero á una seña de Aruya, el leon se arrastró á los pies de Sha-Bahan, cubriéndolos de caricias suplicantes que lo tranquilizaron completamente.

—Entretanto la bella niña se hacía poco á poco una hermosa muger. Su talle era una voluptuosa palmera que se encorva y endereza á los vientos de la mañana; sus espaldas anchas y unidas se asemejaban á un lago trasparente que duerme, y su seno á las olas palpitantes de un golfo que se despierta. Sus brazos dorados, deslumbradores, hubieran hecho el mas maravilloso collar de los califas; al ver sus dientes finos y blancos, se hubiera dicho que su propio collar de perlas se la habia quedado dentro de la boca un día que se divertía en hacerlos rodar entre sus lábios, y sus ojos resplandecían como dos soles negros. El viejo mercader habia sin duda previsto todo esto desde mucho tiempo atrás: su barba blanca caía sobre un corazón mucho mas jóven que su edad, y ¡quién sabe si no habia pensado en ocultar de antemano en su retiro, en disciplinar y formar la Huri mortal de sus últimos amores! Entra frecuentemente tanto egoismo en nuestros actos de abnegacion y tan extravagantes previsiones en nuestras obras de caridad! Si se supiera el porqué de todas nuestras acciones... pero Dios lo sabe.

Sha-Bahan, allá en su juventud, se habia dedicado al comercio de las odaliscas y de los caballos, y por espacio de diez años fué el proveedor del harem y de las yeguerías del bajá de Damasco, antes de hacerse joyero. Habia adquirido en su primer negocio y en sus viajes una experiencia sin igual sobre estos objetos de lujo y recreo, y tenia señales casi infalibles para conocer lo que llegaría á ser con el tiempo una niña ó un potranco, y habia consignado en cierta parte observaciones muy curiosas sobre las singulares analogías que creía haber descubierto entre la raza de las mugeres y de los caballos de cada país, y

sus observaciones estaban apoyadas en dibujos justificativos. «En efecto, ved, Sha-Bahan es quien habla, ved si los caballos normandos, con su sólido cuello y la hermosura muy notable, pero algo maciza de sus formas, no recuerdan las frescas y vigorosas hijas del país de Caux; ved si las largas *Ladys* no tienen un aire de familia con los corceles adelgazados de la Inglaterra, y sin hablar de los pequeños caballos lapones que tienen la actitud hosca y encojida de las mugeres sus compatriotas, porque es menester no ocuparse sino de relaciones de hermosura; pasemos á España. Véase á una sevillana, morena y fogosa, con sus pies delicados y suaves, su cabeza que descuellosa graciosamente sobre su torneado cuello, y su talle ligero y esbelto que se balancea por sí solo sobre la redondez de sus caderas amorosamente dilatadas bajo el raso negro de su vestido... ¿No es este el mismo tipo de hermosura que el de los caballos andaluces? Y en cuanto á los caballos y á las mugeres árabes, ¿no reúnen por ventura la finura elegante de las razas inglesas, el altivo y nervioso continente de las razas normandas y sobre todo el encanto voluptuoso de las razas andaluzas? ¿No son en fin la misma hermosura? —No hay gentes como los turcos para saber estas cosas y hacer semejantes observaciones.

Así que no es extraño que Sha-Bahan, luego que su jóven pupila llegó al punto de perfeccion en que la esperaba, le dijese una tarde en la azotea donde ella estaba tomando el aire con su leon: «Bella Aruya, niña mia querida, estrella de amor, záfiro de la aurora, brillante diadema de emperador, celeste maravilla de la tierra de Asia, &c. &c., la ley me permite tener cuatro mugeres legítimas y otras tantas que pueda sostener. ¡Pues bien! levántate con una mirada á vuestro esclavo que muere á vuestros pies, y seréis mi única esposa y todo mi serrallo; y lo juro por el sepulcro de Mahoma, todos mis tesoros serán vuestros si os dignais consentir que mi sed abrasadora se apague al fin con los sabrosos frutos del jardín de vuestras delicias.»

Aruya no habia oído jamás una sola palabra de la lengua de amor; acercábase la noche, y los sesenta y cuatro años de su amante se borraban bajo un tupido velo de bruma; luego la sumision, el agradecimiento, y sobre todo la ignorancia de las cosas... Contestó pues á Sha-Bahan: «Hágase vuestra voluntad, señor.» En seguida se retiró á su aposento y durmió como de costumbre y sin pensar en nadie, ni en nada.

Ocho dias despues, estaba todo preparado para su boda. Sha-Bahan vino á arrojar sobre la halda de su desposada cuatro bolsas sonoras de zequies de oro, y por la primera vez el fogoso viejo se lanzó á su cuello y la estrechó fuertemente... Aruya dió dos pasos hácia tras lanzando dos gritos... y Musul, creyendo que hacian daño á su ama, ó celoso tal vez de las caricias del mercader (quién puede saber los pensamientos de un leon?) saltó desde el otro extremo de la habitacion á la garganta de Sha-Bahan, que solo pudo salvarse por la proteccion de Aruya. Pero en aquella misma noche manifestó que Musul y él no podian seguir viviendo bajo un mismo techo, y mandó envenenar al leon. Aruya desconsolada sobornó al esclavo encargado del cumplimiento de esta orden fatal, y consiguió que no diese á su querido leon mas que un narcótico eficaz, y que durante la noche lo llevára á lo mas enmarañado de un bosquecillo, distante algunas leguas de Medina, á fin de que el pobre animal perdiera todo rastro al volver de su letargo. ¡Musul viviría lejos de ella; pero á lo menos viviría!

Al siguiente dia se celebró el casamiento. Hallábase entre los testigos de Sha-Bahan, un jóven, pariente suyo, llamado Ahmed, que venía de muy lejos. Vió el rostro de Aruya por debajo de un pliegue de su velo que, la brisa levantaba. Aruya le veía muy á su sabor por detrás de este velo que la ocultaba sin cegarla... y Sha-Bahan le pareció de repente odioso y feo. En cuanto al jóven Ahmed, perdió al punto la chabeta y resolvió jugar su vida por un

minuto de felicidad. En aquel mismo día debía seguir Aruya á su marido á una campiña bastante lejos de Medina, donde se hallaba una hermana anciana de Sha-Bahan. Ahmed halló medio de entregar á la recién casada un ramillete cuyas flores hablaban de amor sin fin y pedían una esperanza. Aruya desprendió una flor que quería decir: *gracias!* y otra que decía: *estoy triste*, y las devolvió al venturoso Ahmed. Algunas veces, apenas se casa uno, cuando es engañado... en Arabia.

Sha-Bahan no había hecho mas que llegar á casa de su anciana hermana, donde pensaba pasar la luna de miel, cuando recibió un despacho que le obligaba á volverse inmediatamente á Medina. Tratábase de una pérdida ó de una ganancia de mil zequies, y si el mercader era enamorado, el enamorado era mercader. Dejó, pues, á Aruya, no sin hacerle mil caricias y mil encargos, y diciéndole que cuando hubiese descansado bien dentro de cinco ó seis días enviarían su busca á su fiel eunuco Lolo, si él mismo no podía ir por ella.

Al quinto día, Aruya tocaba un bandolin para divertir á su tía y pensar mas amorosamente en su primo, cuando vinieron á avisarla que el eunuco Lolo la aguardaba con el mejor caballo de su marido, que haría la travesía hasta Medina en cuatro horas de noche, porque era preciso evitar los calores del día. El sol se había acostado, y la vieja, antes de hacer otro tanto, quiso ver partir á su sobrina. El esclavo de Sha-Bahan echó pie á tierra, saludó tres veces levantando sus manos por encima de su cabeza, y montó ligeramente á Aruya sobre el hermoso corcé, haciendo él lo mismo en seguida, pero en las ancas del animal, y sosteniendo con la una mano las riendas, y con la otra el flexible talle de la linda jóven. En un abrir y cerrar de ojos caballo y jinete desaparecieron. En menos de nada también observó Aruya que era un falso Lolo el que la llevaba. «¡Cómo! sois vos. Ahmed! Si, mi divina Aruya. ¿Y á donde vamos así? A todas partes, menos á la casa de tu marido.» Acercábase una tempestad; el aire era como de azufre encendido, y en el momento de penetrar en un bosquecillo, el caballo se paró de manos ante un relámpago

garra enormes en sus hijares y una atroz boca que le roía las espaldas; el dolor y el éxtasis lucharon algunos instantes en él y en seguida cayó muerto sobre la arena. Bien había dicho que jugaría su vida por un minuto de felicidad. Aruya estaba desmayada. Musul (pues era él,) orgulloso por haberla salvado de las manos de un pícaro la cogió delicadamente entre sus dientes y la condujo en triunfo á su casa de Medina. Sha-Bahan no comprendía nada de lo que veía, lloraba de ansiedad y de alegría. Aruya, al volver en sí, no le dió ningun informe verdadero; pero lloraba de rabia y desesperacion, y hasta ahora le ha sido imposible hacer concebir al leon que había cometido una abominable torpeza. El celo es en ciertas ocasiones una cosa muy pífida.

Vale mas dejar á los leones en sus selvas y cavernas con toda su ferocidad, que llevarlos á nuestras casas y darles educacion. Llega siempre un momento en que se acuerdan que son fieras.»

Así terminó su curiosa relacion el árabe Ben-Abdalaja precisamente en el punto y hora de llegar al término de nuestro viage. Dile las mas espresivas gracias por lo bien que había amenizado aquella rápida y venturosa travesía, y despues de haber saltado juntos en tierra, nos separamos, él con su saquito de alcuzcuz debajo del brazo, y yo repasando en mi memoria, para trasladarla fielmente á mi coleccion, la entretenida historia del Leon de Medina.

LOS DOS MENDIGOS (1)

O LA CONSPIRACION

DEL DUQUE DE MEDINA SIDONIA.

(Conclusion.)

VI.

Felipe IV se había retirado á su palacio en la mas viva agitacion y había hecho llamar á su ministro el conde-duque de Olivares á quien hizo leer la carta que de Medina Sidonia dirigía el duque de Braganza, que por su rebelion se había ceñido la corona de Portugal. En vano intentó el conde-duque disculpar á su deudo y pariente, persuadiendo al rey que ninguna prueba cierta había contra el duque y que sus enemigos habrían forjado aquel documento para perderle. Contó el rey á su ministro el modo como había llegado á sus manos la misteriosa carta, y le anunció que se proponía examinar por sí mismo al mendigo, á cuyo efecto iba á dar orden para que al día siguiente se lo presentasen.—Tal era el ascendiente del conde-duque sobre el animo del rey, que logro aplacar su irritacion y que le recomendase el cuidado de descubrir la verdad de tan temible conjuración. El conde-duque conoció cuan terrible golpe iba á recibir su poder tan combatido ya por todos, si sus deudos los de Medina Sidonia aparecian reos de tan alto crimen, y que ó tendria que aparecer casi cómplice si se mostraba indulgente, ó menguar su autoridad si aparecia á los ojos de la nacion que su familia era traidora y enemiga del rey.

Aquella misma noche viendo que Felipe IV, aun dejaba todo á su disposicion hizo llamar al mendigo Sancho Castilla, y no escaseó con él ni promesas ni amenazas para que procurase disculpar al duque de Medina Sidonia cuando el rey le preguntase, empero el mendigo conocia todo el valor de su revelacion, ya por doña Juana, y ardía en deseos de

(1) Véase el número anterior.



pago deslumbrador. Pero el jinete se mantuvo firme sobre los estribos y abrazó mas estrechamente á su amada que lanzó un grito... Un sordo rugido contestó á él en la espesura del bosque, é inmediatamente sintió Ahmed dos

vengarse de su ofensor. Sus mutilados miembros su vida misera y vagabunda le recordaban diariamente que por haber servido de instrumento á la ambicion agena, se hallaba perdido, y no quiso renunciar á la venganza que tan largo tiempo meditaba. Mantuvose firme delante del conde-duque en que no solo era el de Medina Sidonia culpable de a-



conspiracion tramada, sino su cabeza principal; dió detalles de sus relaciones en Portugal, que presentaban tan cierta, tan auténtica la carta del rey de Portugal, que el conde-duque quedó consternado, y viendo que no le era fácil hacer desaparecer á Sancho Castilla sin escitar las sospechas del rey en contra suya, por sostenerse en el poder en el que solo le mantenía el ciego favor de Felipe, pues era odiado de la corte y del pueblo, resolvió constituirse en el perseguidor del de Medina Sidonia, y hacer que sobre la traición recayese todo el terrible rigor de la ley.

Al día siguiente hablábase con consternacion en Madrid del descubrimiento de una vasta conspiracion, que á imitacion de la reciente de Portugal debía de arrancar á la monarquía española los reinos de Andalucía.—El marqués de Ayamonte, y el hijo primogénito del duque de Medina Sidonia habian sido presos, y todos hablaban de que en breve se iban á presenciar ejemplos terribles de la justicia del rey. Partieron correos para que entrasen tropas en Cadiz, para defenderla caso de que los rebeldes tratasen de apoderarse de aquella plaza, se dió orden á don Luis de Haro para que pasase á Medina Sidonia á hacer venir á Madrid al duque, á quien se le confiscaron la mayor parte de sus bienes agregándose á la corona la villa de San Lucar de Barrameda y otras, y obligando al duque, caso de ser absuelto por los tribunales á vivir en la corte. Así en una sola noche el mas alto y poderoso señor de España, se vió despojado por la orden de uno de sus deudos de todas las riquezas, y obligado á huir á Portugal y vivir allí proscrito á la sombra y amparo de la reina de aquel recién levantado reino su hermana, ó á venir á humillarse é implorar el perdón del príncipe á quien habia hecho traicion, desmintiendo la antigua lealtad de su familia.

Doña Juana que en este drama, cuyo desenlace se anunciaba de un modo sangriento, habia hecho el principal papel aunque de un modo indirecto, misterioso y oculto, recibió al día siguiente del en que se habia descubierto la conspiracion, y en que el conde-duque habia hablado á Sancho Castilla, orden del rey de hacer que los mendigos se presentasen en la cámara. Hízolos vestir de nuevo des-

pojándolos de los andrajosos arapos con que procuraban escitar la compasion, y los dos mendigos no podian menos de sorprenderse al ver su aseado porte, y sentir una orgullosa satisfaccion al decirse.—El rey quiere hablarnos.

Después de haber atravesado los regios salones donde sus asombrados ojos miraban con cierto estupor, ya los brillantes cuadros donde se veían las muelles y voluptuosas Venus de Ticiano, los magníficos retratos de las damas de Vandik, y los cuadros del gran pintor de la época Velazquez, ya las ricas sederías mezcladas de oro, que cubrian las paredes, ya la multitud de caballeros que paseando altivamente aguardaban el momento de saludar al monarca; llegaron á la antecámara, no sin haber tenido que hacerse bastante violencia para no alargar el sombrero á los cortesanos y pedirles limosna. Tan fuerte es el hábito en el hombre.

Los cortesanos fijaron aunque desdeñosamente tambien sus miradas en aquellos dos caballeros en cuyos pechos no brillaba ninguna de las condecoraciones, cuyo aire encogido y asombrado revelaba no ser personas habituadas á pisar aquellas régias estancias. Su desden trocose en asombro cuando vieron que las puertas de la real cámara cerradas para todos, se abrieron inmediatamente para los dos desconocidos, y el asombro creció de todo punto cuando vieron que pasó una hora entera sin que hubiesen concluido de hablar con el rey los desconocidos. En los palacios donde no pasa desapercibido el menor movimiento, la menor señal de favor ó desfavor de un rey, una hora de conversacion con el rey, es un grande acontecimiento. Así es que al salir de la cámara real nuestros dos mendigos, todos los cortesanos les abrieron paso; hubieran querido saber quienes eran y los saludaron.... todo por que habian hablado una hora con el rey.

El rey se habia enterado de los proyectos de la conspiracion, del estado á que se veia reducido Sancho Castilla por causa del de Medina Sidonia, y aun habia preguntado á los dos mendigos sobre las antiguas relaciones con doña Juana... Los dos mendigos fueron demasiado hábiles para haber dicho al rey, que solo conocian á doña Juana de muy poco tiempo por haberles dado generosamente limosna y

callaron sus amores de Valencia, sus antiguas desgracias. Habían jurado á doña Juana no revelar jamás á nadie estos sucesos y los pobres cumplieron su juramento.

Sancho Castilla fué nombrado por orden del rey el mismo día de su entrevista alcaide principal de las prisiones de estado, y tanto él como Perico recibieron del bolsillo secreto de Felipe IV, una crecida cantidad, concediéndoles además el rey una pensión de cuatro mil reales anuales sobre las salinas de S. Lucar de Barrameda. Sancho Castilla tomó posesion de su cargo.

Perico acostumbrado á la vida errante, vagabunda y alegre del pobre, se veía triste y desconsolado en Madrid, y así resolvió ir algunas temporadas á Valencia, á pedir limosna á la puerta de la iglesia de Ntra. Señora de los Desamparados.

VII.

Felipe IV había pasado la carta en cifras arrebatada por Sancho Castilla al Franciscano, á un tribunal especial compuesto de tres consejeros de estado.

La carta era original del duque de Braganza. Cuanto en ella se decía había sido despues plenamente confirmado. Al marques de Ayamonte al tiempo de su prision, se le habían sorprendido documentos y papeles que elevaban á un pleno conocimiento la existencia de la conspiracion.

Por un medio reprobado por la moral, pero que por desgracia y para mengua de los gobiernos, hay repetidos ejemplares en la historia, la verdad entera quedó descubierta.—Ofreciose, con ánimo deliberado de no cumplirlo, el perdon de su delito, al marques de Ayamonte si confesaba su crimen, si revelaba el nombre de sus cómplices, si descubría todos los misterios de la premeditada rebelion. El marques que resistió á la vista de los instrumentos del tormento con que se pretendía arrancar su confesion, que tal vez hubiera arrostrado con firmeza el dolor de la tortura atendido el valor que desplegó despues en su suplicio, cedió á la promesa del perdon para si y todos sus cómplices, y entregó su secreto á cambio de las mentidas promesas que los ministros del rey le hicieron.

Compraron estos la prueba plena de un crimen, haciendo al monarca español cometer otro; que crimen es y perjurio en un rey el no cumplir su palabra real. Impuso el tribunal á los delinquentes de la conspiracion del duque de Medina Sidonia la pena señalada á los reos de alta traicion y lesa magestad.

El conde-duque de Olivares hizo el último esfuerzo por salvar á su familia de la mancha que iba á caer sobre ella, entregando al verdugo la cabeza de uno de sus principales deudos. Como ministro pudo haber defendido la cabeza del primogénito de Medina Sidonia, exigiendo de Felipe IV el cumplimiento de su régia promesa empeñada al marques de Ayamonte. Tal vez en tan noble demanda pudo haber comprometido y arriesgado su favor y privanza, pero el conde-duque lo sacrificaba todo á su conservacion en el poder.

Trató de favorecer la evasion del de Medina Sidonia, resuelto despues para justificarse á los ojos del rey, á castigar pronta, severa y ejemplarmente á los mismos que obedeciendo sus órdenes hubiesen facilitado la evasion.

Sancho Castilla era el alcaide de las prisiones de estado. Sancho tenía bajo su poder al hombre de quien tanto había ansiado vengarse, al hombre por quien tanto había sufrido. Sancho sabía que los ricos y poderosos tienen siempre parciales y defensores, y que todo lo sacrifican al logro de sus designios. Sancho velaba pues noche y dia en la guarda de su ilustre preso.

Una noche, la que precedía al día en que debía sentenciarse la causa del duque de Medina Sidonia, á hora ya avanzada, cuando un profundo silencio reinaba en aquella mansion de dolor, cuando los faroles suspendidos en las altas bóvedas de los estrechos corredores de las prisiones

de estado apenas reflectaban con su moribunda luz las sombras, divisó á la entrada y apoyado sobre una pilastra, un hombre envuelto en una ancha capa, inmóvil, parecido á una estatua de piedra que hubiesen arrimado á la pared. Para llegar hasta allí era preciso que la guardia lo hubiese permitido. Si hubiese sido alguno de los dependientes de la prision, hubiese pasado adelante, pero permanecía siempre inmóvil, fijo. Sancho Castilla permanecía tambien fijo, inmóvil.

Pasóse así un largo rato.

El hombre que estaba junto á la pilastra, viendo que el alcaide no se marchaba y no pudiendo ya dominar su impaciencia se dirigió á donde estaba aquel.

—Retiraos, dijo con ademan y tono imperioso, voy á la prision de Medina Sidonia.

—Marchaos de aquí, ó llamaré mis gentes.

—Tus gentes no te obedecerian, ya ves que me han dejado llegar hasta aquí.

—Lo mas prudente es que os retireis sin ruido por que si el rey llega saber que habeis estado aquí os ha de pesar.

—El rey lo aprobará.

—Hago llamar mis ministriles y os haré arrestar.

—No me arrestarán, contestó con desden, yo si que puedo hacer que pases á una prision y aun algo mas....

A pesar de la altivez de estas palabras, y el poder de la voz con que las acompañaba, tuvo el caballero embozado repentinamente la idea de ganar con dinero á aquel hombre á quien no habían podido aterrar sus palabras. Animado por el humilde vestido del alcaide, por el recuerdo de que pocos días antes era un pobre mendigo que imploraba con el sombrero en la mano la caridad publica, sacó de su escarcela un bolsillo lleno de oro, é iba ya á alargarárselo cuando Sancho previniendo su designio, le dijo:

—Guardaos vuestro bolsillo caballero... á menos que no esté vacío y me lo deis para que os lo llene de ducados.

Todo era vano, no había medio de resistencia alguna contra aquella roca que le interceptaba el paso. El embozado que veía que iba ya amaneciendo, le dijo:

—Déjame pasar un instante á ver á don Alfonso de Guzman.

—Imposible.

—A nombre del rey, dijo entonces descubriéndose el desconocido y dejando ver las altivas facciones del conde-duque de Olivares, yo vengo á buscar á don Alonso para conducirlo á su presencia.

—A nombre del rey, contestó Sancho Castilla, no pasareis esta puerta, y al mismo tiempo blandió en su mano un puñal que reflejó siniestramente á la pálida luz del farol, y dió á su unico ojo una feroz espresion de ira.

—Tú sabes que soy el conde-duque, el ministro del rey, que mis órdenes se obedecen en toda la monarquia.

—Yo obedezco las órdenes del rey, yo las he oido de sus labios mismos, alcaide, yo respondo de don Alonso de Guzman. Mañana yo os lo entregaré si lo manda Felipe IV á quien contaré vuestra visita.

Pensó un momento el conde-duque, cuan fácil le era al alcaide por medio de la favorita del rey, enterarle de su visita y hacer concebir sospechas sobre su fidelidad, y tomando un ademan y tono de voz mas amable, que á todo se plega facil y rapidamente un cortesano, dijo al alcaide.

—¡Bravo! ¡has resistido á las amenazas y al oro! Eres el hombre que yo buscaba, y te recomendaré mañana á Felipe IV. Te entregarán mil ducados por tanta fidelidad. Si hubiéseis cedido te hubiese hecho cortar la cabeza.

—Ya sé yo, dijo Sancho con ironia, que eso es lo que se gana sirviendo á los grandes señores.

El conde-duque se retiró, y viendo frustrado el medio de salvar á su deudo, fué desde entonces su mayor contrario ostentando en su castigo un gran celo por los intereses del rey. Contó á Felipe IV, que noticioso de que los parciales del de Medina Sidonia trataban de proteger su evasion, él se había por sí mismo asegurado de la fidelidad

vida, y me hiela de terror la sangre, la vista de la capilla... los religiosos... un hombre lleno de vida y de salud, y que va sin embargo á morir...

Decía Sancho Castilla á doña Juana y Perico Gonzalez á quienes acompañaba, llevando delante de ellos una linterna para dar luz á unos corredores estrechos, húmedos y negros, como el fondo de un pozo, que conducían á la capilla subterránea.

—En otro tiempo yo era tímida y débil, el menor ruido me asombraba, tenía miedo... hoy no temo nada, veré con ojo enjuto los preparativos del suplicio y la agonía de don Alonso... quiero verle en la última noche que ha de pasar en este mundo. Vosotros fuisteis testigos de otra noche no menos cruel y fatal para mí.

Temblaba Perico Gonzalez á medida que se adelantaban hacia la fatal capilla, y le inspiraban temor hasta el ruido sordo de sus pasos que resonaban roncamente en aquellas lóbregas bóvedas.

Llegaron á la capilla, y Perico Gonzalez y Sancho Castilla se quedaron parados á la puerta.

Doña Juana entró con paso firme y resuelto. El mas profundo y religioso silencio reinaba en aquella estancia de la muerte.

A la aparición súbita de una muger en aquella hora, en aquel lugar y en aquellas terribles circunstancias, don Alonso que permanecía inmóvil, tal vez murmurando en sus labios una plegaria de perdon al eterno por los estravios de su agitada juventud, alzó los ojos, los dirigió hacia aquella muger y lleno de horror como si hubiese visto alzarse de un sepulcro delante de sí un muerto, con voz débil exclamó:

—¡Doña Juana!

—Sí, yo soy, respondió lenta y solemnemente doña Juana. ¿Aun os acordáis de mí? En otro tiempo, de noche como ahora, me robasteis de la casa de mi madre, de los brazos de un hombre que iba á darme el nombre de esposo, me prometisteis uniros á mí por toda la vida, y en otra noche á los pocos días de satisfecha vuestra criminal pasión me abandonasteis, pero deshonrada, condenada por Dios y por los hombres, sin mas alivio que la desesperación en el alma, sin mas refugio que la muerte. Mi vida ha sido desde entonces un suplicio mas enorme que el que vais á sufrir, pero me he vengado, pues yo soy la causa de vuestra muerte....

—Retiraos, señora, dijo el anciano capuchino con enérgico tono, retiraos, señora, y no pronunciéis palabras de venganza delante del que al espirar no tuvo mas que palabras de perdon para sus enemigos... ¡Las últimas horas de un moribundo deben ser sagradas!

—¡Juana! exclamó don Alonso, al borde del sepulcro calla la voz del orgullo y se apagan las pasiones todas en el corazón del hombre. No queda en él lugar ni al amor ni al odio, todo lo ocupa el arrepentimiento de las faltas de su vida pasada: el temor de la eternidad ya próxima á abrirse delante de mí me espanta... Juana, os he engañado, os he deshonrado, os he abandonado, perdonadme, y rogad á Dios por mí!

Y al mismo tiempo el noble hijo del duque de Medina Sidonia que tan altivo se había manifestado con la desgracia de Juana en la noche de su separación en la quinta de Liria, se alzó del escabel de madera en que se hallaba sentado é intentó arrojarle á los pies de su víctima.

A estas palabras trocóse súbitamente el corazón de Juana.

La favorita del rey no vió ya en aquel hombre el objeto de su venganza, sino el objeto de los primeros amores, y lo consideró con un ardiente dolor. Recordó en aquellas facciones que ya cubría la palidez de la agonía, las facciones que habían cautivado su corazón, se acordó de las noches de amor y deliciosa embriaguez en que aquel hombre que veía de rodillas había estado también de rodillas, pero para demandarle nuevos placeres, nuevos gozos, y no el último perdon de un mal correspondido amor.

—¡Ay! dijo sollozando en una terrible desesperación. Debía yo volver á veros así. Todos los tormentos de mi vida, no igualan al sufrimiento de este instante, de esta noche fatal. Luis mío, pues que aun quiero darte el nombre con que te conocí en mas dichoso tiempo.... ¡perdóname! ¡Ah! yo no sabía que al venir á gozarme vengativa en tu infortunio, no viviría sino para librarte, ó morir contigo

Don Alonso no miraba ya á doña Juana, parecía hasta haber olvidado su presencia, y con el rostro vuelto al funebre altar, parecía recitar una oración con fervoroso recogimiento. Al oír las últimas palabras de doña Juana:

—No, respondió, no, vos no podeis librarme, y no debeis tampoco morir. Doy mil gracias al cielo por que me ha permitido daros un último á Dios. Este á Dios que unirá nuestras almas en la eternidad, si me concedeis vuestro perdon, por que no puedo ni debo esperar de vos amor....

—Pensad en la eternidad; repuso grave y severo el sacerdote que le asistía.

—Yo puedo aun salvaros, 'el rey no me negará vuestra gracia.

—El conde-duque ha jurado mi pérdida, y es todo poderoso.

—Yo lo soy mas que él, exclamó poseída de un doloroso vértigo, que quebrantaba su alma,.... Yo lo soy por desgracia mia.

—¿Quién sois, señora? dijo con desconfianza el anciano sacerdote.

—La favorita de Felipe IV.

Hizo el anciano sacerdote la señal santa de la cruz dando un paso hacia atrás, con un sentimiento de horror y de desprecio.

Las palabras de doña Juana, que habían interrumpido las piadosas oraciones del condenado á muerte, eran como un soplo que desde afuera hubiese traído al fondo de este subterráneo calabozo todos los movimientos del mundo. La cólera, los celos, la esperanza de la vida, de la libertad, de la grandeza, las riquezas, el amor.... todo se agitaba y palpitaba en aquel corazón muerto un instante antes.

Don Alonso fijó los ojos en el altar, puso una mano sobre su corazón, estendió la otra al santo crucifijo y dijo:

—Yo no aceptaré, Juana, la vida, la fortuna, las riquezas sin obtener vuestro perdon y ser vuestro hasta la muerte.

—¡Don Alonso!

Exclamó Juana encerrando en este nombre todo el amor que ardía en su pecho, y que un momento solo había hecho revivir mas activo, mas impetuoso que en Valencia.

—¿Lo ois bien? hasta la muerte! y esta palabra para mí no es una palabra vana, no es una vaga época que se pierde en la noche de los años, es un suceso que se aguarda mañana, es un juicio irrevocablemente pronunciado, es un cadalso que levantan en este mismo instante.

Juana que apenas respiraba oyendo á don Alonso, y que parecía meditar el medio de salvarle de tan inminente muerte, como herida súbitamente de una feliz idea, alza de repente la cabeza, mira con indefinible pasión á su primer amante, un grito de alegría se exaló de su afligido pecho. La inspiración se veía pintada en su semblante.

—¡Sí, dijo llevando la mano á su frente. Dios me inspira hablaré al rey, y le hablaré la verdad, toda la verdad!

Y salió de la capilla subterránea como impulsada por un movimiento eléctrico.

—¡Hijo mío! dijo el anciano religioso á don Alonso de Guzman. El enemigo de nuestras almas es muy diestro, y se vale de todos los ardides imaginables para distraeros en vuestras últimas horas. El ha traído esa muger para despertar vuestras antiguas pasiones, para haceros concebir engañosas esperanzas de vida. Vuestras horas son contadas hijo mío, poned toda vuestra esperanza en Dios!

El noble hijo de Medina Sidonia y el anciano comenzaron de nuevo á rezar las preces que había interrumpido la visita de la hermosa doña Juana, empero el joven no reza-

ba ya con el primer fervor, mil encontrados pensamientos turbaban de vez en cuando su angustiado corazón.

IX.

—Basta, suspended vuestros gemidos, enjugad vuestras lágrimas, dijo el rey Felipe IV á la hermosa doña Juana que abrazada de sus rodillas imploraba la gracia de la vida del primogénito de Medina Sidonia. Juana con los ojos bajos, y palpitando con frecuencia su agitado pecho se levantó y permaneció de pie delante del rey.

El rey sacudiendo la cabeza y sonriendo con aire melancólico colocó sobre los labios de la hermosa Juana su pálido semblante, dándole un beso.

—Habeis hablado la verdad y me compadece vuestra situación. Os he amado mucho, os amo aun ahora, pero Felipe tan inflexible con las mugeres que han sabido engañar su amor, es tambien generoso con los que le descubren su corazón. No os habia jamás preguntado el nombre del seductor contra quien habiais venido á pedirme justicia el dia en que os ví por la vez primera, en que os amé. ¡Oh Juana! tú no me has engañado jamás, tú me dijiste que habias antes amado á otro hombre, me has repetido que lo habias olvidado, pero al verlo próximo á la muerte le has perdonado, has vuelto á amar, y eso es grande, noble y generoso.

—No en valde, señor, os llaman *Felipe el Grande* contestó Juana derramando copiosas lágrimas y besando la mano de su rey.

Mandó el rey que uno de los secretarios estendiese una orden para que hiciesen bajo la custodia del alcaide de las prisiones de estado comparecer á don Alonso de Guzman á su presencia...

Marchó el secretario á estenderla al momento.

—¡Ah señor! dijo doña Juana, comprendo que como rey no podeis otorgar la vida al desgraciado don Alonso, en un momento en que la monarquia arde en revueltas y sediciones.

—Quiero que seais feliz, y no faltaré al severo ejemplo que debo á mis pueblos.

—Quereis que yo responda de esta evasion, que sobre mi sola recaiga el odio y la exasperacion del pueblo, consiento en ello, señor, y os bendigo. Me sacrificaré á vuestra gloria y á la salvacion de un desgraciado... Lejos de vos, mi pensamiento os seguirá á todas partes, os deberé mas que la vida, acaso me habeis devuelto el honor.... Partiré á un pais extraño con don Alonso, será mi esposo, y á vos deberé mi felicidad.

En este momento oyóse en el patio del palacio, el ruido de la carroza del conde-duque de Olivares que tan de mañana venia á ver al rey.

Entró en la cámara real el ministro y aun cuando vió en ella á la favorita le dijo:

—Señor, habeis aprobado la condenacion que contra los traidores marques de Ayamonte y don Alonso de Guzman ha pronunciado el tribunal, deber imperioso ante el cual ha tenido que ceder vuestro elemento y piadoso corazón, es indispensable que la justicia siga su curso, ó que la magestad quede deshonrada y espuesta á nuevas traiciones, pero podeis conciliar señor el respeto que se debe al grande infortunio de una noble familia, que es la mia, señor, y el rigor santo de vuestra justicia. Firmad: señor.

Y al mismo tiempo presentó al monarca un papel que llevaba escrito.

En este instante entró el secretario á quien el rey habia pocos momentos antes mandado escribir la orden que debia cubrir la evasion de don Alonso.

Tomólo precipitadamente de manos del secretario doña Juana, y pasando rápidamente la vista por él, leyó para sí estas palabras.

He venido en mandar por ser mi real voluntad y convenir al mejor servicio de mi persona, que tres horas

TOMO III.

antes de la señalada para la ejecucion de la sentencia de muerte impuesta por el tribunal de Estado y confirmada por mí á don Alonso de Guzman, sea este conducido á mi real presencia para sufrir un interrogatorio bajo la única custodia y salvaguardia de la persona que presente este mi real decreto que responderá de la seguridad del preso sirviendo esta orden de resguardo al capitán de la prision de estado.

—Señor, dijo doña Juana, llegándose al oído del rey, apresuraos á firmar esta orden... me lo habeis prometido.

—Por honorá mi nombre y en desagravio de la justicia firmad, decia el conde-duque.

—Me habeis dado vuestra palabra real, murmuraba al oído del rey doña Juana.

El conde-duque se apercibió de que la favorita pretendia alguna cosa del rey, que sospechó que tendria relacion con la gran cuestion del día la ejecucion de los condenados á muerte.

—Hablad alto, señora, dijo dirigiéndose á ella.

Y como hombre acostumbrado á dominar la indolente apatía de Felipe IV que todo lo abandonaba á su cuidado. Os opondriaís acaso á que S. M. deje obrar libremente la justicia.

—No lo permita Dios, replicó doña Juana que sabia el interés que el conde-duque tenia por llevar adelante el castigo de los traidores, y por aprovechar una ocasion de mostrar su celo por los intereses del rey ostentando que ni aun perdonaba á sus propios deudos.

—Firmad pues, prosiguió el osado conde-duque poniendo la pluma en mano de su docil monarca, es ya el amanecer y debeis de salir hoy para el monasterio del Escorial. No conviene permanezcais hoy en la corte.

—Antes firmadme este papel, repuso con ansiedad doña Juana, implorando con su mirada afectuosa la decision de Felipe, y alargándole el papel medio doblado, ocultando cuidadosamente su contenido á los curiosos ojos del conde-duque. Las horas vuelan señor, acordaos....

—¿Qué contiene ese papel, preguntó el conde-duque?

—El permiso para ver por última vez al hijo del duque de Medina Sidonia.

Una sonrisa de triunfo brilló un momento en el grave y austero semblante del conde-duque.

Felipe IV entre estas dos personas igualmente exigentes, igualmente acostumbradas á dominarle, de las que la una le demandaba la muerte, y la otra, la vida: apenas sabia lo que querian de él, trataba de evadirse del conde-duque que le presentaba la pluma, y fijaba sus miradas llenas de ansiedad sobre Juana.

Al fin tomó la pluma, firmó la orden que le presentaba el conde-duque.

Indefinible fué la mirada de Juana, que estuvo á punto de desmayarse, pero el rey rápidamente tomó el papel que esta le presentaba y escribió tambien en él su nombre.

En seguida y como el conde-duque y Juana cada cual quisiese coger el papel que le pertenecia, las manos del conde-duque y de la favorita, se cruzaron sobre la del rey que por un movimiento rápido cogió con sus manos ambos papeles, y los soltó despues sobre la mesa.

El conde-duque cogió el papel que aguardaba, lo desdobló para asegurarse de la realidad de la firma, y dejó escapar una ligera exclamacion.

—¿Qué es eso conde-duque, le preguntó el rey?

—Nada señor: la mano de V. M. batemplado: no es extraño. Ahora la sentencia está en regla, añadió despues doblando el papel y colocándolo en su bolsillo, dentro de algunas horas quedará todo ejecutado.

—Tomad, señora, dijo el rey á Juana entregándole el otro papel.

—Cogiolo con viva avidez Juana, y besando la mano del rey, salió con él corriendo precipitadamente.

El conde-duque salió tambien poco despues para activar la marcha del rey al Escorial aquella misma mañana.

Apenas marchó Juana se ocupó con la premura que exigía la brevedad del tiempo, en los medios para conducir al prisionero á un lugar de seguridad valiéndose de sus criados, y disponiendo de los grandes recursos que tenía preparó velozmente un coche y caballos, que en pocas horas los alejase de Madrid, dirigiéndose á la frontera de Francia ó de Portugal. Temblaba á la idea de que pudiesen sorprenderlos los agentes del conde-duque, ó que descubriesen antes de alejarse demasiado, al primogénito de Medina Sidonia, pero con oro, y gracias al poder que como favorita del rey tenía en la corte, contaba triunfar de todos los obstáculos. Sabía que el destierro era el premio de su sacrificio.

Llena la cabeza de estas ideas, presentóse Juana, acompañada de Pedro Gonzalez con quien había contado para la grande empresa que iba á acometer, á la puerta de la prisión de estado.

Anunció que era portadora de una orden del rey, urgente, y el capitán de la guardia que ya se había levantado, y que se ocupaba en dar las órdenes para la fatal jornada que se preparaba, salió á recibirla.

Entrególe doña Juana el escrito de que era portadora, y sin añadir ni una sola palabra observó atentamente á la claridad de la lámpara si alguna espresion de desconfianza se dejaba ver en el rostro del capitán, empero no descubrió en él mas que el sentimiento de una viva sorpresa.

El capitán, así que hubo concluido la lectura inclinóse respetuosamente diciendo:

—Perdonad señora, no me esperaba que una dama como vos, se encargase de semejante mensaje.

—Lo he hecho por mas seguridad respondió doña Juana, ya veis señor que la orden del rey es terminante, y espero que la ejecutaréis inmediatamente.

—Tal es mi deber: soy soldado; y por mucho que me cueste cumplirla la cumpliré.

—Tened la bondad de daros prisa porque estoy aguardando.

—¡Vos señora!

—Sin duda, apresuraos.

El capitán se retiró murmurando algunas palabras que Juana no pudo oír bien, la saludó de nuevo y se retiró.

Felicitóse doña Juana al verse sola con Perico Gonzalez de que el viejo capitán de las prisiones de estado, no hubiese concebido la menor sospecha. Figurábase la alegría del condenado al verse libre unas horas antes de su suplicio, y recibía ya en su idea las afectuosas gracias y transportes que agitarían su alma al verse libre. Pensaba también en la multitud del populacho que iba á quedar burlado porque ella le robaba su presa.

«Id, pensaba tal vez en su interior, id, bárbaros sedientos de sangre, id y gozad con el funebre cuadro con que creéis divertir vuestros ojos. Burlada será vuestra esperanza. En vano buscareis con avidez la víctima sobre el cadalso, no encontrareis sobre él mas que el verdugo impaciente como vosotros, y como vosotros furioso de ver arrancarle su presa.»

Apenas dueña del transporte de alegría que le causaba esta idea, cuando el temor de que cada instante que pasaba la evasión sería mas difícil, y aun tal vez imposible, dió lugar á la impaciencia, dispuso los risueños pensamientos formando mil cálculos para explicarse la inconcebible tardanza de la salida de don Alfonso. ¿Reusaría acaso don Alfonso presentarse delante del rey, y rechazaría así sin saberlo un medio de salvación de que no se hallaba prevenido? Agitada de una viva inquietud doña Juana llamó á un soldado, y le ordenó que buscase nuevamente á su capitán.

—Estoy aguardando hace tiempo, le dijo doña Juana con sequedad.

—No hubiera sospechado, señora, tanta prisa por vuestra parte.

—No se trata de mí, ¿quereis ó no ejecutar la orden del rey?

—Tened un poco de paciencia señora, tal vez en este momento se habrá concluido la ejecución.

—¡La ejecución!



—Perdonadme si no la he precipitado mas segun vuestro deseo, pero ese poco de tiempo ha sido indispensable al condenado para prepararse á morir.

—¿Qué decis? exclamó con una especie de enagenacion doña Juana. ¿No teneis la orden firmada por el rey?

—¿Y vos me lo preguntais señora, cuando no hace una hora que la habeis puesto en mis manos, dándome tanta prisa?

—Yo os he traído una orden.

—Vedla aquí.

El capitan desplegó el papel que doña Juana le habia entregado y lo puso delante de sus ojos.

Era una sentencia de muerte, en que el rey por consideracion especial á la familia del duque de Medina Sidonia, y á ruego de su pariente el conde-duque de Olivares, hacia gracia á don Alonso de que perdiese la vida en un público cadalso, previniendo que el verdugo le estrangulase secretamente en la prision.

Doña Juana dió un grito terrible de desesperacion, comprendió repentinamente, la equivocacion del rey, el disimulo del conde-duque de Olivares que habia fingido guardar la sentencia fatal, y maldijo su loca precipitacion.

¿Qué hacer en tanto apuro? volver á ver al rey, instarle, importunarle, obtener á toda costa una segunda firma. Acaso seria tiempo aun.

No importa, corramos siempre.

Doña Juana conjuraba con todas sus fuerzas al capitan que se hallaba lleno de asombro, para que retardase la ejecucion y trataba ya de volver sin perder un minuto al palacio del rey, cuando adelantándose doña Juana con Perico al través de los sombríos corredores asomaron la cabeza en la capilla y no vieron en ella á nadie.

—¿Dónde? ¿Dónde lo han llevado dónde? gritó como fuera de sí doña Juana.

A la muerte!!

Contestó Sancho Castilla que salia de una pieza contigua á la capilla seguido del anciano religioso.

—Si á la muerte dijo con dolorosa espresion el sacerdote, el rey le ha hecho gracia del cadalso.

Doña Juana lanzó un sordo gemido, y cayó al suelo como herida súbitamente por el rayo.

Los dos mendigos la levantaron del suelo, y la condujeron sin que opusiese la menor resistencia á su estancia situada junto al palacio del Buen-Retiro.

Dos dias despues, el cadaver de doña Juana se hallaba espuesto en un magnífico lecho fúnebre, en la Iglesia de San Gerónimo.

La infeliz doña Juana no habia podido resistir á tan violentas emociones.

Un mendigo oraba al pie del féretro. El mendigo era Perico Gonzalez.

X.

El marques de Ayamonte fué públicamente decapitado en la Plaza Mayor de Madrid.—La firmeza y admirable serenidad que desplegó en sus últimos momentos admiraron á todos los espectadores. Un terror indefinible se apoderó de todos los ánimos al saber que la espada de la ley habia caído sobre dos tan poderosos señores.

Los muchos deudos y parciales del duque de Medina Sidonia, enterados de que la muerte del jóven primogénito de tan noble casa se debía al conde-duque de Olivares, que hasta habia frustrado la clemente intencion de Felipe IV y hecho jugar á la favorita á su pesar tan odioso papel en el terrible desenlace de este sangriento drama, juraron su pérdida, se reunieron á sus numerosos enemigos, y maquinaron contra su existencia en el poder.

Las desgracias que afligian á la España atribuyéndose á la impericia y al orgullo del conde-duque, escitaron la indignacion general contra este ministro, y se formó de tantos y tan encontrados elementos la tempestad que lo

derribó del ministerio. Empezó el rey á mirarle con tibieza, aunque cediendo empero á su dominacion. Los enemigos del conde-duque eran demasiado penetrantes y poderosos para no aprovecharse de las disposiciones que veian en Felipe para escuchar las quejas contra él.

La reina estaba á la frente de todos ellos, y podia darle los golpes mas terribles y con mayor seguridad. Se habia ganado la estimacion y la confianza del rey por la sabiduria y habilidad con que habia administrado los negocios durante un viage de Felipe á Zaragoza. Por otra parte, deseaba vengarse de los desprecios que el ministro y su muger habian hecho de su persona, atribuyéndoles la causa de que el rey no viviera familiarmente con ella, ni le diera los testimonios de ternura de que era tan digna por su virtud y por su hermosura. Esta señora resentida por estas causas contra el conde-duque, se aprovechó de estas circunstancias para hacerle sentir los efectos de su indignacion. Le hizo presente el estado miserable en que estaba la monarquia, las grandes pérdidas que habia tenido, la decadencia en que estaba, y que de todas estas desgracias era la causa el ministro incapaz de sostener el peso del gobierno por sus pocas luces y habilidad para un empleo tan importante. Le presentó al principe don Baltasar, y con los ojos bañados en lágrimas, le dijo:

«Aquí teneis á vuestro hijo, el cual sino separais al ministro que ha puesto la monarquia en el próximo peligro de su ruina, lo vereis reducido á la última miseria.»

Estas palabras dichas con toda la energía que es propia de una madre, hicieron una profunda impresion en su corazon y le dejaron muy pensativo; pero por la debilidad de su carácter, ó por el grande imperio que tenia sobre su espíritu el conde-duque, no era posible que tomase la resolucion de apartarlo de sí.

Muchos cortesanos se juntaron con la reina para conservar y aumentar en su corazon las impresiones de disgusto que sabia darle en aquellos momentos en que las mugeres hacen sentir su imperio á los maridos. El conde de Castriello que tenia mucho influjo con el rey, y le servia muy de cerca, se unió para esta empresa, por que estaba tambien resentido del conde-duque por ser deudo del de Medina Sidonia. ¿Cómo era posible que pudiera sostenerse en el favor teniendo enemigos tan poderosos? Un favorito que empieza á caer de la gracia de su señor es perdido sin remedio, por que le atacan sin cesar con mayor atrevimiento, y los soberanos tienen la desgracia de creer con mas facilidad el mal que el bien de las personas colocadas en los destinos mas altos. Por esta razon los favoritos astutos ponen el mayor cuidado en que los cortesanos no adviertan la decadencia de su favor. Si el conde-duque hubiera podido ocultar el disgusto con que le miraba la reina muchas personas de la corte, no teniendo un apoyo tan firme no se hubieran atrevido á declararse contra él para perderle.

Los grandes se reunieron para darle el último golpe y derribar este coloso. Las señoras que el rey estimaba con preferencia, todas entraron en este mismo empeño. Las causas que tenian para procurar con tanto calor la ruina de este ministro, eran las injurias que suponian haberles hecho, que aunque en sí diversas, los medios para vengarlas eran los mismos. En fin, cansado el rey de oir tantas quejas resolvió echar al conde de su ministerio y quitarle todos sus empleos.

El 17 de enero de 1645 antes de salir á cazar, le escribió de supropio puño un billete por el cual le decia; que quejándose sus súbditos de que no los gobernaba por sí mismo, y queriendo hacerlo, habia juzgado conveniente darle el permiso de retirarse como lo habia solicitado, asegurándole que estaba satisfecho de su conducta y de sus largos servicios. Esta resolucion le llenó de consternacion y le hizo derramar muchas lágrimas; pero su muger, afectando mucha constancia en su desgracia, procuró consolarle representándole que el apartamiento del ministerio se debía considerar como el mayor beneficio que le hacia el soberano,

porque lo libraba del furor de los enemigos, y le proporcionaba poder gozar una vida tranquila en donde mejor le acomodase. La caída llenó de alegría no solamente al pueblo de Madrid, sino á todos los de la monarquía; celebrando por todas partes la generosa resolución de S. M. de gobernar por sí mismo. Los cortesanos acostumbrados á ver estas escenas, y conociendo el carácter inconstante del rey, disimulaban sus sentimientos temiendo que no fuese sino aparente esta caída, pues despues que se le habia comunicado la orden, asistió á dos consejos de estado, y hablaba con la misma autoridad y altanería que antes.

Esta desgracia considerada en sí misma era muy diferente de la de los otros favoritos, pues el rey le daba las mismas pruebas de amor y afecto que antes. Esto hacia creer á muchos que la caída era una estratagema del ministro para conocer las inclinaciones de los cortesanos, ó que el soberano no estaba enteramente resuelto á apartarle de su lado. Así discurrían los cortesanos, pero el pueblo que muchas veces conoce mejor la verdad de los hechos de esta naturaleza juzgaba de diferente manera; porque su caí-

da la celebraba como justa y acertada, y cuando el rey salió de palacio hacia resonar las calles con las voces «viva el rey», acompañando su coche y manifestando de este modo la aprobacion de su resolución; y en las puertas mismas de palacio se fijó un pasquin que decia: *Ahora será Felipe el Grande, pues el conde-duque no le hará pequeño.*

Este temiendo algun insulto del pueblo salió de Madrid un día antes que se decia, y nadie supo su partida sino el rey y el conde de Graical que fué con él hasta el Buen-Retiro, donde tomó su coche, y acompañado solamente del P. Ripalda su confesor, se encaminó á Loeches con resolución de acabar allí el tiempo que le restaba de vida. Llegado allá no recibió visitas de nadie, ni otras cartas que las del soberano ó de la condesa su esposa, apartándose enteramente de los negocios de la tierra para ocuparse en los del cielo.

Así terminó su vida el hombre que por mas de treinta años habia manejado á su arbitrio la monarquía española.

J. M. MALDONADO.

ESTUDIOS LITERARIOS.

CRONICAS DE ALEMANIA.

LA ROCA SANGRIENTA.

I.

Alfredo de Waldeck.

Es de noche...

Brilla la luna por intervalos...

Acaba de caer la nieve á grandes copos, y los dilatados llanos del condado de Waldeck, situado entre Paderborn y el ducado de Westfalia, la señoría de Ytter y el bajo Landgraviado de Hesse, brillan á la luz de la argentada luna como un mar de plata.

El Steimback corre insensible á los aludes que se derumban desde las altas crestas del Fraton como si intentasen obstruirle el paso. — Cuando llega á la cascada de Cumbach, se agita con estruendo, se ensancha y se multiplica, resbalando por sus encumbradas peñas imponente, amenazante, como el Brusch en las fronteras de la baja Alsacia. Al pie de los blanquizecos y elevados muros del gigantesco castillo de Waldeck, se desliza sordamente como si arrullara el sueño de sus arqueros. Mas allá, cuando la saliente Roca Sangrienta se opone á su curso como un dique de hierro ruge violentamente y estrella con furor sus espumantes olas en las pendientes de la aislada mole, produciendo un ruido confuso, monótono... insoportable.

La noche es horrorosa.

De tiempo en tiempo se oyen los terribles silbidos del viento que columpia fuertemente los espesos pinos de Sualemberg y Sordershausen, se oye el fragor del trueno aunque en lontananza, y los relámpagos que se suceden periódicamente anuncian una de esas noches tan temibles bajo el nebuloso cielo de Alemania.

Un hombre jóven está recostado sobre la Roca Sangrienta.

La Roca Sangrienta tiene la figura de un cono recto, sobresale unas cuatro varas del rio y tendrá otras tantas

de diámetro en su altura. Desde ellá á la márgen mas cercana del Steimback se vá por raquíticas y piramidales peñas que apenas hacen mas que levantar su frente entre las olas.

Un perro duerme al lado del jóven.

Este jóven es Alfredo de Waldeck.... Alfredo de Waldeck, conde de Pirmont y de Isenberg, señor de Dindinghausen y de Sualemberg; Alfredo de Waldeck, el príncipe mas apuesto y elegante de Alemania, el nieto de Herman de Waldeck que en aquella misma roca asesinó á su esposa Wenceslawa de Arnstadt por adúltera, y de cuyas resultas se le llama: La Roca Sangrienta.

¡Está triste! ¡muy triste!

¿Qué hace Alfredo á estas horas en aquel sitio cuando la tempestad se aproxima?... Alfredo espera sin duda.

En efecto, un hombre se le acerca. Lleva el traje de sus arqueros.

—Señor, ya viene, le dice inclinándose con respeto.

Alfredo oye aquel anuncio con espanto: se levanta y se marcha al bosque de Sualemberg que está contiguo, seguido de su fiel vasallo Koenitz y de su perro Heydem.

Apenas Alfredo penetra entre los pinos, una muger jóven y hermosa como las heroínas de las baladas que su madre le contaba en la cuna, llega á la roca. Un hombre armado como todos los príncipes seculares de Alemania, se acerca tambien á ella.

II.

Alberto de Rappolstein.

Ambos jóvenes se conocen y se abrazan.... se dicen mil palabras de amor y de gloria... todo es pasión en sus miradas... todo es placer y felicidad en torno suyo.

De repente un gruñido de Heydem los atemoriza.

—¡Alberto! dice la jóven espantada, sin duda mi esposo se aproxima.... huyamos!!

—No, ángel mio, repone el caballero, ese gruñido no es el de Heydem. Será otro perro cualquiera.

—¡Oh! no... no, ese es Heydem, el inseparable compañero de Alfredo...! Alberto de Rappolstein, estamos perdidos!!!

El trueno que retumba en este instante impide oír las

palabras de Alberto.—Otro ladrido de Heydem resuena mas cerca.... Alfredo aparece sobre la Roca con la espada desnuda.... su esposa se desmaya dando un grito de terror.... el conde de Rappolstein tambien saca la espada.

La lucha es terrible.... se han juntado los dos paladines mas célebres entre los principes seculares, Alfredo de Waldeck y Alberto de Rappolstein....

Ambos combatientes no cesan un paso.... corre la sangre de ambos.... las dos espadas se han roto!

Alfredo se abraza á Alberto con toda su fuerza.... ambos forcejean como dos atletas.... representan un cuadro de Juan Jond.... la Roca Sangrienta les sirve de pedestal....

Alfredo vence.... hace miembrar á su contrario como á un niño.... ya lo arroja de la Roca.... mas ¡ay! Alfredo rueda tambien con él al Steimback....

III.

Ernestina.

Sigue la luna brillando por intervalos á pesar del huracán que ruge espantosamente, del trueno que retumba cada vez con mas fragor, y cuyas fuertes detonaciones repiten los antros de las rocas.

Los dos antagonistas se han perdido en el abismo..... no, allí sale uno que se dirige á nado hácia la Roca.... es Alfredo!

Alberto no saldrá jamás del fango del Steimback.... el peso de la armadura lo sujeta en el fondo del rio.

El conde de Waldeck llega á la Roca.

—¡Despierta, miserable! dice á su esposa sacudiéndole un brazo.

Ernestina abre los ojos y lo reconoce como un espectro.

—¡Ernestina...! ¡Ernestina! esclama el príncipe, tú no eras mas que una pobre niña hija de uno de mis arrendatarios de Dindinghausen ¿no es cierto?

—¡Oh! es verdad!...

—Yo me enamoré de tí y te di mi mano... te hice princesa de Alemania.... porque creí que tú me amabas como fingias.... Infeliz, infeliz de mí! cuan ciego vivía ¿no es verdad?

—¡Alfredo...! yo te adoraba con delirio...

—¡Silencio vivora!

Estas palabras las pronuncia Alfredo con rabia... amenazándola de muerte...

Despues continua con aparente calma.

—Cuando te hice princesa creí que jamás la idea de serme infiel pasaria por tu frente... y me engañé, Ernestina; me engañé como un imbecil ¿no es verdad?

—¡Alfredo!...

—Para quitarte esos pensamientos... para evitar que algun día faltaras á la fé jurada... te conté mas de veinte veces la historia de Wenceslawa de Arnast... te conté en fin por qué esta roca que ahora nos sostiene sobre el Steimback, se llama *La Roca Sangrienta*.

—¡Oh! por piedad...! no sigas hablando de ese modo!...

—¡Ay! me engañé... has visto á Alberto de Rappolstein, y la tímida y virtuosa niña de Dindinghausen, se convirtió bien pronto en una muger perversa, en una adúltera... en Ernestina de Waldeck... no, me engaño... en Ernestina Montaygu tal como la he visto no ha mucho en brazos de Alberto... Bien, ahora es preciso que me oigas por la última vez de tu vida ¿lo oyes? por la última vez.—Quiero volver á contarte la historia de Wenceslawa...

—¡Piedad por el Señor!...

—¡Oh! no... no la esperes: Tan pronto supo mi abuelo que su esposa le engañaba, la trajo aquí con su amante, y Wenceslawa lo vió morir asesinado... Era una noche como esta, silbaba el viento como ahora silba.... retumbaba el trueno como ahora, y como ahora se veían cruzar los rayos por todos lados....

—¡Perdon!... perdon!!!

—La esposa de Herman tambien decia así arrastrándose á sus plantas como tú ahora á las mias, pero él era inexorable como su nieto Alfredo de Waldeck.... y alzándola en sus brazos como ahora yo te alzo....

—¡Piedad! piedad...!!

—La arrojó con todas sus fuerzas al Steimback....

Alfredo tambien la arroja al rio al decir esto.... cruza los brazos y contempla el cuerpo de Ernestina bogando por la oscilante superficie.... Alfredo aun podia salvarla.

La rápida corriente del Steimbak la arrastra por momentos á la cascada de Cumbak.... las rocas que la forman son salientes y puntiagudas.... el agua ruge entre ellas como una bandada de hambrientos caimanes... la elevacion es terrible.... espantosa!

Ernestina llega á la cúspide de la cascada... las olas juegan un instante con el cuerpo...

Alfredo que contempló su marcha con un estoicismo admirable, de repente exala un ¡ay! de dolor.... arrancado del fondo de su alma.

En seguida se precipita hácia la cascada de roca en roca como un furioso, y seguido de su Heydem que ahullaba tristemente ansioso de salvar á su señora.... Ya llega al lado de Ernestina.... ya hace una seña á su perro.... mas ya no es tiempo...!

¡Ernestina acaba de bajar al abismo entre un torbellino de rugiente agua!!

IV.

Heydem.

Alfredo exala un grito horroroso al dejar de verla.... un vértigo de terror le hace caer entre las rocas... Alfredo está perdido sin remedio!

No, su Heydem se arroja en seguida al Steimback y consigue clavar sus dientes en la ropa de su amo.... ya avanza con él hasta la orilla.... mas es imposible que llegue.

La fuerza de la corriente en este sitio es terrible.... cada vez los lleva mas hácia la cascada.

Heydem no desalienta por eso.... la luna ya hace mucho que no alumbra.... el perro boga por instinto.

Al fin se salvan.... Heydem ha llegado á la roca á pesar de la corriente.... ya trepa por sus escabrosos perimetros con la presa que le arrancó á la cascada.... ya deposita á su dueño en la altura.

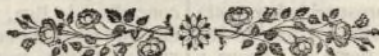
Alfredo vuelve en sí. Heydem ladra de alegría y se echa á sus pies lamiéndole las manos....

El conde de Waldeck lo abraza.... se arrodilla ante él y le dice:

—¡Ernestina! ¡Ernestina! perdóname por compasion.... Alfredo toma á Heydem por Ernestina. Alfredo delira.... el nieto de Herman está loco!!!

El perro exala un alarido fúnebre al ver que su amo no le reconoce cuando tanto bien le hizo.... cuando le salvó la vida esponiéndose á perder la suya! pobre Heydem!!

BENITO VICETTO Y PEREZ.



ESTUDIOS GEOGRAFICOS.

AUGSBURGO.

Después de Munick y Nuremberg, es Augsburgo la ciudad de mas importancia en el reino de Babiera. Su situación es deliciosa, pues ocupa una fertilísima y anchurosa llanura entre el Wertack y el Lech, que uniendo sus aguas al fin de las murallas, corren á confundirlas con las del Danubio. Algunos historiadores han querido probar que antes de la llegada de los romanos á esta parte de la Alemania, Augsburgo llevaba el nombre de *Damastia*;

pero lo que parece mas cierto, es que doce años poco mas ó menos antes de Jesucristo, el emperador Augusto después de haber vencido y sometido á los vindelicis, que ocupaban desde el lago de Constanza hasta el Danubio, unió este pais á la Retia, centro de varias colonias romanas, dando el emperador el nombre de *Augusta Vindelicorum*, á la que en el dia es Augsburgo y que aun se designa en las transacciones mercantiles con el de *Augusta*. En el siglo V, fué Augsburgo horriblemente saqueada por los hunos; después quedó sujeta á la dominación de los reyes francos y fué casi enteramente destruida en la guerra de Carlo-Magno contra Thassilo de Baviera. Después



Municipalidad y Lenja de Augsburgo.

de la invasion y distribución del imperio franco cayó Augsburgo en poder de los duques de Suabia; pero enriqueciéndose poco á poco con el aumento sucesivo de su industria y comercio, compró de sus señores sus fueros y libertades, las cuales hizo confirmar mas adelante por los emperadores, que la alzaron á mediados del siglo XIII al rango de ciudad libre é imperial. Entonces se la vió llegar en pocos años al colmo de la prosperidad y hasta el fin del siglo XVI, fué al par de Nuremberg uno de los principales puntos de comercio entre el norte de Europa y los paises meridionales. El descubrimiento de las Indias y

Américas, que fijó en otras partes el focus de las grandes empresas comerciales, fué un terrible golpe para aquellas dos ciudades; sin embargo permanecieron mucho tiempo todavía á la altura de los mercados del mundo mejor abastecidos en numerario; tanto que cuando Felipe II, apesar de los inmensos tesoros que sacaba de América, se halló falta de recursos en fuerza de los enormes subsidios que concedía á la liga, y de los gastos que le ocasionaba la lucha que sostenía contra la naciente república de las Provincias unidas, se vió en el caso de recurrir á la caja de una simple casa de comercio de Augsburgo, á la casa

Fugger (los Rostschild del siglo XVI) para proporcionarse los millones que necesitaba.

Aunque ha decaído mucho Augsburgo de su antiguo esplendor, es hoy como hemos dicho una de las plazas mas importantes de Europa. Sus calles irregulares y estrechas contrastan a primera vista con la comodidad y riquezas de sus 35,500 habitantes, y a pesar de que durante la guerra de la revolucion de Francia sufrió mucho por el paso de las tropas francesas, conserva todavia algunas fortificaciones y edificios notables. Son de notar entre otros la casa municipal, la catedral, el arsenal, la lonja y el palacio episcopal, donde fué presentada á Carlos V la célebre confesion de Augsburgo en 1550 (1). El primero de ellos es el mas regular en su construccion de todos

los de su clase en Alemania, y particularmente es admirable por un inmensosalon que llaman *Sala de oro*. A no larga distancia se encuentra la lonja, que puede considerarse como el principal monumento de esta ciudad que á tanta altura se elevó sobre los demas puntos mercantiles del mundo conocido en aquella época.

tado en Thorgau en 17 artículos por orden del elector de Sajonia Juan el Constante; pero como estaba concebida en términos demasiado violentos, Felipe Melancthon satisfaciendo igualmente los deseos del elector y con el consentimiento de los principes, se encargó de modificarla. El original se conserva en los archivos de Viena, y la edicion de la *Confesion de Augsburgo* publicada en Witemberg en 1531, está enteramente conforme con este documento. Mas adelante hizo Melancthon, por su propia autoridad muchas modificaciones y en 1540 apareció otra edicion tambien revista y corregida por él y desde entonces se hizo una distincion entre la primera confesion y la corregida; la primera ha sido adoptada por los luteranos, y la segunda por los reformados alemanes, que por su medio han asegurado el goce de los derechos indistintamente concedidos por la paz de religion de 1555 á todos los partidarios de la confesion de Augsburgo.

(1) Llámase así á la profesion de fé presentada y leída en Augsburgo, por los protestantes de Alemania al emperador el día 22 de junio de 1530, en el seno de la dieta, y autorizada con las firmas y á sentimiento de todos los principes del imperio. Lutero la habia redac-

INDICE POR ORDEN DE MATERIAS.

INTRODUCCION.

LA SOMNAMBULA, por D. F. de P. Mellado, pág. 1.

ESTUDIOS LITERARIOS.

LA CONQUISTA DE SEVILLA, leyenda escrita en inglés por D. Telesforo Trueba, pág. 152.

LA ROCA SANGRIENTA, por D. Benito Vicetto y Perez, pág. 238.

ESTUDIOS HISTORICOS.

NUMANCIA, por D. F. F. Villabrille, pág. 4.

LOS HIJOS DE EDUARDO, pág. 8.

EL PASTELERO DE MADRIGAL, ó EL REY FIN- GIDO, por D. José Quevedo, pág. 27.

IDEM, continuacion, pág. 55.

IDEM, continuacion, pág. 91.

IDEM, conclusion, pág. 105.

LA MADONA DE TORCUATO TASSO, por Enrique Berthoud, primera, parte pág. 77.

IDEM, segunda parte, pág. 111.

DON ALONSO EL BATALLADOR, por D. F. F. Villabrille, pág. 102.

EL PRÍNCIPE CARLOS, HIJO DE FELIPE II. pág. 129.

LA BATALLA DE OTUMBA, por D. F. F. Villabrille, pág. 157.

MARÍA LA SANGUINARIA, pág. 149.

LAS NAVAS DE TOLOSA, por D. F. F. Villabrille, pág. 175.

LA HUERFANA DE GANTE, por Enrique Berthoud, primera parte, pág. 173.

IDEM, segunda parte, pág. 207.

HISTORIA DE CUENCA, por D. Julian Saiz Milanés, pág. 190.

ESPEDICION Á LEVANTE, por D. F. F. Villabrille, pág. 202.

EL HOMBRE DE LA MASCARA DE HIERRO. por un contemporáneo, pág. 222.

LA ESCARAMUZA DE LA REINA, por D. F. F. Villabrille, pág. 228.

JUANA DE FLANDES, pág. 247.

EL CERCO DE ZAMORA, por D. F. F. Villabrille, pág. 249.

CONJURACION DE MARINO FALIERO, por D. Urbino de Mantova, pág. 271.

RUI LOPEZ DE AVALOS, por D. F. F. Villabrille, pág. 275.

ESTUDIOS BIOGRAFICOS.

LA ESTATUA DE MOISES, por Miguel Angel, pág. 61.

MOLIERE, pág. 125.

LA DOCTORA DE ALCALA, por F. pág. 231.

EL TINTORETTO Y SU HIJA, pág. 26.

ESTUDIOS DE HERALDICA.

ESCUDOS DE ARMAS DE LOS REYES DE ESPAÑA, por D. Nicolás Castor Caunedo, pág. 144.

ESTUDIOS DE VIAGES.

EL LOUVRE, por D. M. Lafuente, pág. 3.

Interior de la casa de un mandarin en Pekin, (China), pág. 96.

BAGNERES Y BAREGES, pág. 165.

BAÑOS SULFUROSOS DE ONTANEDA, por D. L. M. de U., pág. 165.

INDIA: division de los indios en castas, profesiones industriales, pág. 174.

BRUJAS, por D. M. Lafuente, pág. 193.

PAISAJE SUIZO, pág. 222.

ESTUDIOS GEOGRAFICOS.

PORTUGAL, Lisboa, pág. 26.

UNA VISTA EN GUERNESEY, pág. 54.

PEÑA DE S. MIGUEL EN PUY, pág. 102.

AUGSBURGO, pág. 290.

ESTUDIOS MORALES.

EL REINO DEL GENIO NO ES DE ESTE MUNDO, pág. 16.

INFLUENCIA DE LAS MUJERES EN LAS SOCIEDADES MODERNAS, por D. Ruperto García Cañas, pág. 72.

EL SEPULTURERO, pág. 256.

EL RAMO DE FLORES, por Enrique Berthoud, pág. 252.

LA MAÑANA DEL DOMINGO, pág. 257.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

UN JURADO DE CARLOTA CORDAY, por Luisa Colet, pág. 11.

CATALINA CORNARO, pág. 56.

EL PASO DE RONCESVALLES, (leyenda histórica) por D. T. de Trueba y Cosío, pág. 61.

OTRA JULIETA Y OTRO ROMEO, por D. F. de P. Mellado, pág. 97.

EL LOCO AMARO, por Anaya, pág. 166.

UN SEICIDIO, por M***, pág. 194.

MARGARITA, novela, pág. 256.

LOS DOS MENDIGOS ó LA CONSPIRACION DEL DUQUE DE MEDINA SIDONIA, por D. J. M. Maldonado, pág. 255.

IDEM, conclusion, pág. 280.

PALACIO DE LAS TULLERIAS, pág. 263.

LA TORRE DEL DIABLO, en el castillo de Montfort, pág. 257.

EL ARABE BEN-ABDALAJA Y EL LEON DE MEDINA, pág. 277.

ESTUDIOS DE COSTUMBRES.

EL RECOMENDADO DE ALCOY, por D. Antonio Flores, pág. 49.

MAS ALLA DE LAS ISLAS FILIPINAS, por el Estudiante, pág. 169.

LA MODA EN SUS RELACIONES CON LA POLÍTICA, por D. José Quevedo, (art. 2.º) pág. 255.

ESTUDIOS DE INDUSTRIA.

GUSANOS DE SEDA, pág. 67.

HISTORIA NATURAL.

LA MUSARAÑA DEL AGUA, pág. 51.

LA CAZA DEL OSO EN LAS MONTAÑAS DE LA SUIZA, pág. 75.

EL PLATIDACTILO, pág. 172.

CAZA POR MEDIO DE LA PANTERA, pág. 245.

CAUSAS CELEBRES.

RASGO HERÓICO DE AMOR CONYUGAL, pág. 74.

CRONICAS MARITIMAS.

UN CRÍMEN Y UNA VENGANZA, por D. Benito Vicetto Perez, pág. 141.

INDICE POR ORDEN ALFABÉTICO.

- AUGSBURGO, pág. 290.
 BAGNERES Y BAREGES, pág. 165.
 BAÑOS DE ONTANEDA, por D. L. M. de U. pág. 165.
 BRUJAS, por D. M. Lafuente, pág. 198.
 CATALINA CORNARO, pág. 56.
 CAZA POR MEDIO DE LA PANTERA, pág. 245.
 CONJURACION DE MARINO FALIERO, por don Urbino de Mantova, pág. 271.
 DON ALONSO EL BATALLADOR, por D. F. F. Villabrille, pág. 102.
 EL LOUVRE, por D. M. Lafuente, pág. 3.
 EL PASTELERO DE MADRIGAL, ó el rey fingido, por D. José Quevedo, pág. 27.
 IDEM, continuacion, pág. 55.
 IDEM, continuacion, pág. 91.
 IDEM, conclusion, pág. 105.
 EL REINO DEL GENIO NO ES DE ESTE MUNDO. pág. 16.
 EL RECOMENDADO DE ALCOY, por D. Antonio Flores, pág. 49.
 EL PASO DE RONCESVALLES, (leyenda histórica) por D. T. de Trueba y Corio, pág. 61.
 EL PRÍNCIPE CARLOS, hijo de Felipe II, pág. 129.
 ESCUDOS DE ARMAS DE LOS REYES DE ESPAÑA, por D. Nicolás Castor de Caunedo, pág. 144.
 EL LOCO AMARO, por Anaya, pág. 166.
 EL PLATIDACTILO, pág. 172.
 ESPEDICION A LEVANTE, por D. F. F. Villabrille, pág. 202.
 EL HOMBRE DELA MASCARA DE HIERRO, por un contemporaneo, pág. 222.
 EL SEPULTURERO, pág. 236.
 EL CERCO DE ZAMORA, por D. F. F. Villabrille, pág. 249.
 EL RAMO DE FLORES, por Enrique Berthoud, pág. 252.
 EL TINTORETTO Y SU HIJA, pág. 269.
 EL ARABE BEN-ABADALAJA Y EL LEON DE MEDINA, pág. 277.
 GUSANOS DE SEDA, pág. 67.
 HISTORIA DE CUENCA, pág. 190.
 JUANA DE FLANDES, pág. 247.
 INFLUENCIA DE LAS MUJERES EN NUESTRAS SOCIEDADES MODERNAS, por D. Ruperto García Cañas, pág. 72.
 INTERIOR DE LA CASA DE UN MANDARIN EN PEKIN, (China) pág. 96.
 INDIA, division de los indios en castas, profesiones industriales, pág. 174.
 LOS HIJOS DE EDUARDO, pág. 8.
 LA MUSARAÑA DEL AGUA, pág. 51.
 LA ESTATUA DE MOISES, por Miguel Angel, pág. 61.
 LA CAZA DEL OSO, en las montañas de la Suiza, pág. 75.
 LA MADONA DE TORCUATO TASSO, por Enrique Berthoud, 1.^a parte, pág. 77.
 Id. 2.^a parte, pág. 111.
 LA BATALLA DE OTUMBA, por don F. F. Villabrille pág. 157.
 LAS NAVAS DE TOLOSA, por el mismo, pág. 175.
 LA CONQUISTA DE SEVILLA, leyenda, escrita en inglés por don T. Trueba y Cosío, pág. 152.
 LA HUERFANA DE GANTE, por Enrique Berthoud, 1.^a parte, pág. 173.
 Id. 2.^a parte pág. 207.
 LA ESCARAMUZA DE LA REINA, por don F. F. Villabrille, pág. 228.
 LA DOCTORA DE ALCALA, por F. pág. 237.
 LA MODA, en sus relaciones con la politica, por don José Quevedo, art. 2. pág. 255.
 LA MAÑANA DEL DOMINGO, pág. 257.
 LOS DOS MENDIGOS, ó la conspiracion del duque de Medina Sidonia, por don J. M. Maldonado, pág. 259.
 cetto y Perez, pág. 288.
 LA ROCA SANGRIENTA, por don Benito Vill. conclusion, pág. 280.
 MOLIERE, pág. 125.
 MARÍA LA SANGUINARIA, pág. 149.
 MAS ALLA DE LAS ISLAS FILIPINAS, por el Estudiante, pág. 169.
 MARGARITA, novela, pág. 256.
 NUMANCIA, por don F. F. Villabrille, pág. 4.
 OTRA JULIETA Y OTRO ROMEO, por don F. de P. Mellado, pág. 97.
 PORTUGAL, Lisboa, pág. 26.
 PEÑA DE SAN MIGUEL EN PUY, pág. 102.
 PAISAGE SUIZO, pág. 222.
 PALACIO DE LAS TULLERÍAS, pág. 268.
 RASGO HERÓICO DE AMOR CONYUGAL, página 74.
 RUI LOPEZ DE AVALOS, por don F. F. Villabrille, pág. 275.
 TORRE DEL DIABLO en el castillo de Monfort, pág. 257.
 UN JURADO DE CARLOTA CORDAY, por Luisa Colet, pág. 11.
 UNA VISTA EN GUERNESSEY, pág. 54.
 UN CRÍMEN Y UNA VENGANZA, por don Benito Vicetto y Perez, pág. 141.
 UN SUICIDIO, por M*** pág. 194.

A LOS SUSCRITORES.

Tenemos por costumbre cerrar los tomos del *Museo* dirigiendo algunas palabras de gratitud á nuestros favorecedores; y si hemos llenado siempre con gusto este que puede considerarse como un deber, hoy lo hacemos con doble satisfaccion, pues vemos al concluir el año tercero, que el publico hace justicia á nuestro buen deseo y recompensa, cual nunca pudimos imaginar, nuestros esfuerzos. Su confianza no se verá engañada, nosotros se lo aseguramos; el tomo 4.^o seguirá la escala de mejoras que desde luego adoptamos, no solo en la parte material, sino en la literaria: hemos dicho siempre que no hacemos del *Museo* un objeto de especulacion, y los que puedan haber dudado de este aserto, buena prueba tienen en la *Galeria de la literatura* que hemos impreso esclusivamente para regalar á nuestros suscritores por el año próximo de 1846; basta ver el libro para convencerse de dos verdades importantes: 1.^a que una empresa que se gasta mas de dos mil duros en hacer un regalo á sus suscritores, no puede menos que estar muy favorecida del publico: 2.^a que la empresa que emplea tan enorme suma, sin que nadie le obligue á ello y solo por galanteria, no puede ser tachada de ambiciosa. Nos complacemos en consignar aquí estas verdades, como que son el mayor elogio que pudiéramos hacer de la cultura de nuestro pais, y la prueba mas inequivoca de nuestro desinterés.

Madrid 25 de diciembre de 1845.

DIRECTOR Y EDITOR

Francisco de Paula Mellado.